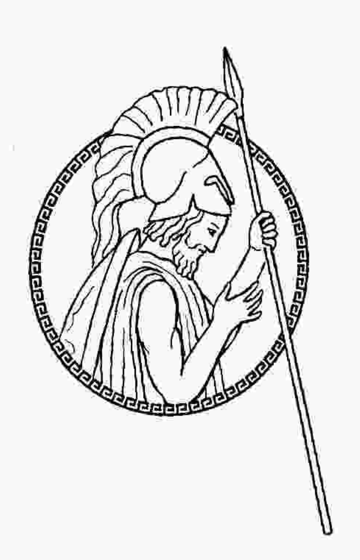
LA CAÍDA DE
TROYA



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8714-4
Depósito legal: B 7208-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

«No os fieis, troyanos, del caballo. Sea ello lo que fuere, temo a los dánaos incluso en sus mismos dones», dijo Laocoonte, y girando su imponente lanza con poderoso impulso la disparó al costado y al armazón combado del caballo.

Eneida, Virgilio, libro II

Dramatis personae

Los helenos

Menelao – rey de Esparta por matrimonio con Helena y hermano de Agamenón, el marido afrentado por el príncipe troyano Paris.
Agamenón – rey de la poderosa ciudad de Micenas, hermano mayor de Menelao y jefe supremo del ejército heleno en la guerra.
Ulises – rey de Ítaca, celebrado por su ingenio, al cual recurre Agamenón a menudo.
Neoptólemo – joven hijo del llorado héroe Aquiles, criado en la isla de Esciros, jefe del contingente de los mirmidones.
Filoctetes – rey de Melibea, que fue herido en el viaje de ida a Troya y quedó rezagado en la isla de Lemnos.
Calcante – poderoso adivino que aconseja a Agamenón.
Néstor – longevo rey de Pilos cuyo consejo es respetado en toda la Hélade.

Los troyanos

Príamo y Hécuba – longevos reyes de Troya, célebres por su generosidad, padres de numerosos vástagos.
Andrómaca – viuda de Héctor, primogénito del rey Príamo que cayó a manos de Aquiles.

Astianacte – hijo de Héctor, de muy corta edad.
Helena – reina de Esparta, célebre por su belleza, cuya huida con Paris de Troya provocó la guerra.
Deífobo – príncipe troyano, heredero del trono y general del ejército de Troya como sucesor de Héctor.
Casandra – hija de Príamo con dones proféticos que nadie cree por maldición de Apolo.
Eneas – rey de Dardania, casado con Creúsa, hija de Príamo.
Anténor – viejo y sabio consejero de Príamo que aboga por la devolución de Helena.

Los inmortales

Zeus – rey del Olimpo y señor del universo, el más poderoso de los dioses.
Atenea – diosa de la sabiduría y la estrategia, favorece al bando heleno por animadversión a Paris, que le negó la manzana de Eris, la discordia.
Ares – sanguinario dios de la crueldad en la guerra, favorece al bando troyano por su relación con Afrodita.

1

Guerra sin fin

Densos caían los relámpagos de bronce desde lo alto y, lo mismo que un torrente salvaje que se despeña entre las piedras y choca hondonada abajo, repiqueteaban aterradores en los escudos, arrancando a los hombres un canto discorde de aullidos y estertores. Pronto los helenos se replegaron con grandes daños hasta más allá del alcance de los proyectiles enemigos, donde se esforzaban sus jefes por volver a agruparlos ante los vítores de triunfo de los troyanos sobre la muralla. Ulises de Ítaca iba y venía entre la multitud de hombres cubiertos de polvo y salpicados de sangre, jadeantes, maltrechos, exhaustos.

—¡Amigos! —vociferaba—. ¡Sed hombres y aprestad vuestro fornido corazón! Teneos mutuo respeto en la esforzada batalla, pues de los que se respetan, más se salvan que sufren la muerte, y de los que huyen, ni se alza la gloria ni ningún auxilio.

Sin embargo, bien veía que las filas de los suyos estaban deshechas. Las lanzas se movían torpemente y las amenazas de las espadas apagaban pronto su estrépito y mostraban su fatiga. Consumidas, se rompían en plena batalla las enrolladas suturas de las correas de las armaduras, los escudos se partían sin poder soportar más el sordo golpe de las jabalinas, se aflojaban los curvos arcos y las flechas caían desfallecidas por el suelo. Por el contrario, cavilaba el itacense, si bien la resistencia troyana también estaba en dificultades, su tropa combatía sin reposo porque defendía la patria amada y sus familias, y así lograba mantener a los asaltantes a distancia.

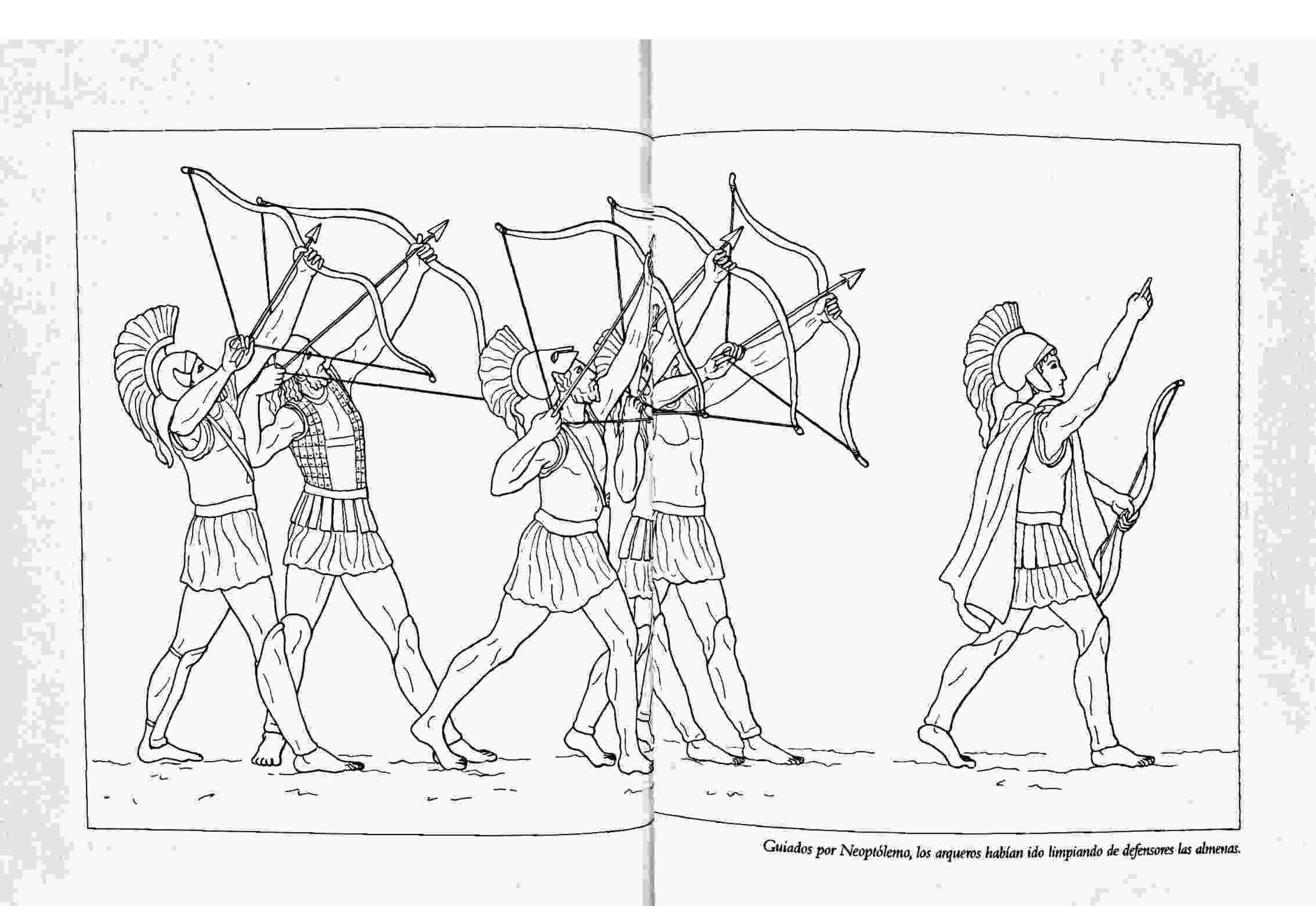
El décimo año de guerra estaba corriendo y la muerte insaciable seguía arreciando ante las murallas, donde se acometían helenos y troyanos y se aniquilaban sin pensar en que hubiera un día de mañana, pero todavía Troya entera, asentada sobre firmes cimientos, se mantenía en pie gracias a sus torres soberbias en tanto que el ejército de los aqueos se agitaba fuera en espantoso tumulto. Habían dejado los griegos de distribuir sus huestes por diferentes partes y se concentraban en una sola para presionar con más fuerza y frenar su lenta sangría. Tampoco buscaban la batalla en campo abierto los troyanos, sino que los acosaban sin descanso desde lo alto de los parapetos y las torres, desde donde lanzaban cada vez menos flechas y venablos y más piedras arrancadas del suelo y de los edificios abandonados por la desaparición de sus inquilinos.

Llegaba la hora en que el leñador baja su brazo cansado y busca el refresco de la sombra, y vio Ulises, desde su posición replegada, que el ataque parecía afortunado en el punto de la muralla donde asaltaban los mirmidones al mando

de Neoptólemo, el hijo de Aquiles, a quien habían traído de Esciros, la isla de las bellas vírgenes. Aunque el muchacho no tenía vello todavía en sus mejillas, mostraba el vigor de su padre y los de Ftía lo seguían como si fuera su antiguo jefe, aunque era un guerrero inmaduro y la confianza en su juventud y en su animoso corazón lo confundían en ocasiones.

Allí los arqueros habían ido limpiando de defensores las almenas, ora ahuyentando a unos con las flechas y ora derribando a otros con certeros disparos. Viendo una parte desierta en el parapeto, Neoptólemo mandó arrimar al muro una escalera. Subieron los suyos por ella llenos de ardor combativo mientras se protegían con el escudo de los dardos, las jabalinas y las piedras que intentaban alcanzarlos por los costados. Como se acercaban a la cima, se convencieron los atacantes de que estaban prontos a penetrar y abrir brecha, pero cuando el primero de ellos se asomó para echar una mirada al interior de la plaza, le apareció delante el troyano Eneas, que era hijo de Anquises de Dardania y yerno de Príamo.

Había estado vigilando la maniobra a la espera de que el enemigo se apelotonara en la escala. Entonces manaron los defensores en tropel por todo el parapeto, detrás del cual habían permanecido escondidos, y lanzaron una lluvia de piedras bajo cuyo peso se rompió la escala. Un rugido feroz de entusiasmo recorrió las murallas al ver a los griegos desplomarse y quedar aplastados en el suelo. Neoptólemo, encolerizado, corrió hacia allí y, llegando donde perecían sus compañeros, disparó su venablo hacia Eneas. No falló el blanco, si bien solamente desgarró por encima el cuero de la coraza, porque el troyano logró apartarse a tiempo y



Guiados por Neoptólemo, los arqueros habían ido limpiando de defensores las almenas.

la lanzada atravesó el pecho del que estaba detrás, que cayó a las calles de la ciudad como un pichón alcanzado al vuelo. Correspondió el caudillo dardanio arrojándole una roca. Aunque el joven griego intentó hurtar su cuerpo a ella, le acertó en la cadera, donde le produjo un desgarro. Se desplomó de hinojos el herido y al punto fueron a buscarlo los suyos para alejarlo de la lluvia letal que ya se preparaba en lo alto. Neoptólemo no podía apartar los ojos de Eneas mientras los suyos tiraban de él para alejarlo de la muralla.

—¿Crees que eres más valiente porque combates con piedras desde lo alto, como un pastor de cabras? ¡Si eres hombre, ven armado ante la puerta y prueba tu lanza con el hijo de Aquiles!

No se molestó en replicarle el dardanio, pues la defensa de la ciudad lo llamaba a otro lugar del muro.

Observando los sucesos que tenían lugar, Ulises se convenció de que los troyanos andaban tan escasos de armamento que ya no podían seguir ocultándolo. Entonces se le ocurrió una idea que valía la pena poner a prueba: mandó a sus soldados que levantasen los escudos por encima de las cabezas, apretándose unos junto a otros, de modo que el conjunto parecía el techo abovedado de una casa. Protegidos por la cubierta acorazada avanzaron las huestes griegas formando un solo cuerpo, sin separarse nadie del vecino, en dirección a las puertas del oeste, las que miraban al campamento griego. Apenas vieron de cerca las grandes torres que protegían el acceso, volaron hacia sus cabezas oscuras nubes que traían lluvia de muerte. Debajo del tejado de escudos, escuchaban el estruendo de las piedras, flechas y lanzas que caían sobre ellos y rebotaban sin herir a nadie y los bramidos de Ulises

imponiendo sus órdenes sobre la confusión de fuera. Así lograron los helenos aproximarse a las puertas.

Viendo desde la distancia cómo llegaba aquel bastión inconmovible a la entrada de la fortaleza, la alegría llenó el corazón de Agamenón de Micenas. Corpulento y cetrino, el comandante supremo del ejército heleno contemplaba el asalto en la retaguardia, subido a su carro al lado de Menelao de Esparta, su hermano. Era Menelao parecido a él, aunque no tan grande y de cabello claro. El marido agraviado por Paris de Troya, raptor de la reina Helena —su esposa—, ardía en deseos de entrar en el tumulto, pero su hermano lo frenaba tomándolo del brazo porque no quería arriesgarse a perderle en ataques inciertos. Exultantes observaron los dos que, al alcanzar las puertas, los guerreros de Ulises rompían la formación y se lanzaban a derribar los batientes con hachas de doble filo. Otra vez, se congratulaba Agamenón, el ingenio del itacense los acercaba a la victoria.

Fue entonces cuando advirtió el poderoso general que asomaba en lo alto de una de las torres el esforzado Deífobo, el príncipe heredero y comandante de las fuerzas de la ciudad tras la muerte de su hermano mayor, Héctor. Asentados los pies sobre sendas almenas cual león fiado a su coraje, sujetaba con los brazos una peña del tamaño de un elefante, que no habrían cargado diez hombres, pero que él blandía fácilmente. Así lo advirtió también Ulises desde abajo cuando una sombra inmensa tapó el sol sobre su cabeza. Al mirar arriba vio el itacense la gran roca que se cernía sobre ellos y tuvo la impresión de que a la espalda de Deífobo, delineado por el contraluz, centelleaba el perfil de una figura traslúcida, corpulenta, más que humana, que era la que verdadera-

mente cargaba con la roca. Antes de lanzar la piedra abajo, aquella criatura dio un alarido como el que profieren miles de hombres cuando corren al primer choque de la batalla. Un temblor sobrecogió a aqueos y troyanos al oírlo, al tiempo que la roca caía y, estrellándose contra el suelo, aplastaba a todos quienes atrapó debajo. Luego, como era enorme, fue rodando y arrasando a los asaltantes como cabras arrastradas por un alud. Víctimas del terror, se dieron la vuelta los helenos y salieron huyendo bajo la mirada del príncipe troyano, que jadeaba por el esfuerzo sobre el parapeto, tensos los miembros. A su lado se mantenía, fulgente su armadura como el rayo, aunque solo visible a los más perspicaces, el eterno destructor Ares, divertido ante la retirada en desorden de los helenos. Con recias voces arengó el dios a los troyanos que se arracimaban detrás de las puertas:

—¡Adelante, salid a acosar a estos cobardes! ¡No cedáis al apocamiento ni les tengáis temor alguno, que no es piedra su piel que frene el bronce si reciben impacto!

Como vio que también los defensores se espantaban al oír sus gruesos gritos sin saber de dónde venían y que no saldrían, esgrimió su monstruosa pica, que levantó ágilmente, preparándose para dispararla contra Ulises. El itacense se había quedado inmóvil, mirando admirado hacia él, pues le parecía que vislumbraba su figura. Silbó el arma al descender rauda, disparada con tanta fuerza que bien podía partir a la víctima en dos. El griego creía que distinguía algo, inseguro de sus ojos. Ya la gran jabalina iba a ensartarlo cuando apareció, poniéndose en medio, un escudo dorado en el cual rebotó el arma y se dobló la punta. Detrás del broquel se irguió la fulgente Atenea, cuyo contorno entero estaba aureolado con la irisación ambarina que emanaba de su coraza de oro y plata, de sus brazaletes y sus grebas, de su yelmo de doble crestón, desde el interior del cual miraba la diosa ceñuda a su hermanastro.

—¡Estrago de mortales, manchado de todos los crímenes! ¡Prometimos dejar batirse a los mortales y replegarnos a nuestras casas para no arrebatar a nuestro padre el privilegio de tender la gloria a quien considere oportuno! ¡Mas si no temes tú evitar la cólera del soberano celeste, tampoco temo yo enojarlo para entorpecer tu ansia de sangre!

Cimbreó su pica pesada y compacta, que arrasaba por decenas las filas de guerreros, y la extendió hacia el costado tan larga cuan era, paralela al suelo, al tiempo que Ares, en lo alto de la torre, desenvainaba la espada. Arrancó la sabia diosa, invicta en el combate, corriendo a por él. Los griegos, sin verla, se cruzaban con ella en dirección contraria. Ares abrió las piernas, encorvó el cuerpo, avanzó la espada, apoyándola en su antebrazo, preparado para recibir la acometida. Ciegos de furia, ninguno tenía ojos más que para la mirada enrojecida del otro, sin percatarse de las nubes negras que, desde el norte, se dirigían borboteando hacia la ciudad, semejantes a un macizo de montañas que se conformara a ojos vistas. Tomaba más velocidad la diosa para saltar sobre la roca caída de la muralla e impulsarse desde ella a lo alto de la torre, cuando los cúmulos se iluminaron y estalló el cielo con tal furia que pareció que se partía. Un relámpago sarmentoso, crepitante, se abatió en busca el suelo y, en un suspiro, fue a parar en la roca. La reventó en mil fragmentos que salieron despedidos en todas direcciones. Tiempo justo tuvo Atenea de resguardarse de ellos, encogiéndose detrás de su escudo.

El tupido macizo nuboso descendía para aplastar la tierra y, al bajar, presionaba los vientos y azuzaba su furia. Un vendaval helado arrolló las murallas y atrapó a los dioses contendientes en su interior. Sintieron que una mano gigantesca e intangible los agarraba y se los llevaba por los aires. Incapaces de zafarse de aquella fuerza, se revolvían, mientras volaban vertiginosos lejos del suelo. Fueron arrojados contra la cima pelada de un monte, sobre cuyos pedruscos rodaron hasta que lograron detenerse. Cuando levantaron los dos la cabeza, escupiendo tierra, vieron que se erguía ante ellos una presencia de enérgico halo que perturbaba el espacio en derredor con su intensidad abismal.

Los vientos de la cumbre del Ida agitaban la nívea túnica y la cabellera encrespada y negra de Zeus omnipotente, excitados por las nubes tormentosas que, sobre su cabeza, giraban en un vórtice a modo de corona formidable. La ira del señor del universo despedía centellas en el extremo de su cayado y sus ojos trepidaban con la profundidad de la noche cósmica.

—¡Habéis abusado de mi ausencia! ¿Qué locura enfurece vuestro corazón? —bramó como el trueno, haciendo que sus hijos sintieran en sus huesos que la montaña toda se conturbaba. El aire se hacía más denso y se cargaba de una energía que parecía incontenible, a punto de explosionar—. ¡No consiento ya nuestras peleas por culpa de los mortales! ¡Seré yo quien decida el vencedor de esta guerra conforme a los deseos de mi ánimo! ¿Osaréis alzar la pica frente a mí?

Tras hablar así, esperó su respuesta sin dejar de oprimirlos con la gravedad de su mirada. Medrosos, sus hijos se acurrucaron contra sí mismos. Ares apretaba los labios y Atenea miraba a su padre de soslayo, con la respiración detenida.

Ambos se esforzaban por ahogar sus razones en la garganta. Como el silencio y la postración manifestaban su sometimiento, Zeus dio la vuelta y se alejó, arrastrando tras de sí el vórtice borrascoso. Hubo dado apenas unos pasos cuando un fiero relámpago cayó a su lado, y, atrapándolo, el soberano celeste ascendió por él y desapareció en los cielos. Fue aquietándose rápidamente el vendaval que sacudía la cima del Ida al tiempo que las nubes se dispersaban. Ares y Atenea se levantaron, se sacudieron la arenisca de encima y recompusieron sus ropas y los arreos de combate. Después se miraron durante un momento, ambas frentes surcadas de arrugas furiosas, apretando obstinadamente cada uno sus armas. Ahora bien, no movió ninguno un dedo contra el otro, sino que, sin mediar palabra, se dieron la espalda y se retiraron en direcciones opuestas.

∞

Duró poco la exaltación dentro de las murallas por la retirada de los helenos. De la lucha despiadada volvían los defensores agotados y heridos. En las calles mismas, en las plazas y a las puertas de las casas les quitaban las mujeres y los niños las armaduras ensangrentadas y los médicos se afanaban por atenderlos, sin poder asistir a todos.

Fustigando sus yeguas, Deífobo voló en su carro de bronce por la vía principal entre los edificios bajos y alargados como losas que se apretujaban en ascenso hacia la colina. Sentía vibrar el suelo bajo sus pies y el ardor de sus animales a toda rienda en tanto que iban irguiéndose adelante, en lo alto, las soberbias construcciones que coronaban Troya dentro de la segunda muralla, la ciudadela. No sin zozobra le

venían a la mente las muchas ocasiones en que había corrido por ese mismo camino con los cuerpos sin vida de sus hermanos caídos. Había transportado el cadáver de Héctor cuando su padre lo recuperó de manos de Aquiles y, más tarde, con Paris, cuando cayó herido de muerte por la flecha certera del maduro griego Filoctetes.

Se abrieron a su paso las puertas de la acrópolis, que el carro atravesó como un rayo. Velozmente penetró en el último baluarte, el recinto donde se extendían las residencias de los hijos de Príamo y los bellísimos templos consagrados a los dioses protectores de la ciudad. Sin embargo, una vez dentro, en lugar de continuar remontando el camino hacia la excelsa mansión de su padre, que dominaba toda la región desde la cima, dobló hacia un lado. No hacía al caso acudir a informar en persona al rey del transcurso de la batalla, pues era muy poca cosa lo que lograba interesarle ya. El buen Príamo pasaba los días encerrado en sus aposentos, de donde solo salía para arrastrar sus huesos cansados hasta el túmulo de Héctor, situado extramuros, frente a la puerta sur.

Ante el príncipe heredero aparecía ya la morada que años atrás se había construido para su hermano Paris. Allí regresaba al final de cada jornada no sin disgusto, pues, cuando ocupó el lugar del primogénito malogrado, había ambicionado también que se le entregara su hermoso palacio, que se alzaba más arriba y cerca de la colosal morada de Príamo, de amplios espacios y encumbrados muros. Pero el rey se negó a desalojar a su nuera Andrómaca y al pequeño Astianacte del que había sido el hogar familiar de Héctor.

Habiendo dejado el carro en las caballerizas, Deífobo se recogió en sus aposentos, se despojó de las armas y se lavó.

Pronto se hallaba en el salón para saciar su hambre y su sed, aunque en una soledad y un silencio penosos. Ya no se reunían tampoco en el mégaron de su padre los príncipes que seguían vivos de la cincuentena que habían sido, pues, cuando lo hacían, sus disensiones se tornaban tan feroces, los agravios tan hirientes que su madre Hécuba no podía por menos que salir de la estancia con la cabeza entre las manos.

En cuanto se sentó a la mesa, el príncipe heredero mandó llamar a su esposa para que se reuniera con él en la cena, a pesar de conocer de antemano la respuesta. Una vez más asomó por la puerta la sirvienta Clímene, que había venido con su ama desde Esparta. No tuvo que decir nada, puesto que, apenas la vio, el marido se revolvió en su asiento y, desaforado, lanzó su copa rebosante de vino hacia ella, que justo a tiempo logró hurtarse para no recibir el golpe, aunque luego resultó que la copa chocó contra la pared, porque no tenía intención Deífobo realmente de alcanzarla. Clímene huyó corriendo por el pasillo de regreso al gineceo, las estancias de las mujeres.

Cuando llegó, se echó a los pies de su ama y se deshizo en sollozos. Sentada en el lecho, Helena de Troya, según se la nombraba ahora, dejaba que la anciana Etra le peinara los cabellos como había hecho desde que era una muchacha, aunque las manos trémulas de la viejísima sirvienta ya no lograban deshacer los enredos, sino que pasaba la peineta sin efecto, por hacer algo. Helena miraba las puertas que daban al pequeño patio, apenas un tragaluz con una fuente, y recordaba el frondoso y aromático jardín, un auténtico vergel, de la casa de su padre, Tindáreo de Esparta,

que luego abdicó en su esposo Menelao, quien hizo suya la mansión. Allí gobernó ella como reina hasta que llegara aquel embajador, Paris de Troya, y encendiera en su corazón el fuego incontenible que había arrasado buena parte del mundo.

Clímene era incapaz de controlar el llanto, sin embargo Helena ya no lloraba, porque su cuerpo se había secado. La que fuera tenida por la mujer más bella del mundo era un sarmiento vacilante. Muda y fantasmal vagaba por el palacio, sin salir del gineceo más que cuando su esposo se hallaba ausente, dejándose caer aquí y allá con la mirada perdida o simplemente dormitando. La palidez que le había ganado fama había perdido su luz y le daba aspecto de cadáver que aún se moviera. Los cabellos canos iban apagando el dorado rojizo de su melena, que escaseaba allá donde la aflicción había causado que se arrancara mechones enteros. El rubor extático que solía iluminarla amarilleaba en sus mejillas y se amarotaba en sus labios.

A la muerte de Paris, había quedado entumecida. Para su sorpresa, no sintió dolor sino la sensación de despertar, al paso poco perceptible al que se mueven las sombras por el día, de un sueño extravagante que le había enturbiado el pensamiento. Cuando hubo emergido por completo de aquel estado, le cayó encima con el peso de un mundo la consciencia cristalina de lo que había sucedido. No se reconocía en ello: era tan estúpido, tan fútil. ¿Qué mano sobrenatural la había ofuscado? Tal vez la de aquella mujer que le pareció entrever en los días aciagos en que Paris llegó a Esparta. ¿Fue real aquella aparición? A menudo pensaba que había sido ella quien la había seducido y no el troyano. Con

todo, no podía engañarse. Si bien no perdía la noción de que su fuga no había sido enteramente la causa de la guerra, sino la excusa que había necesitado Agamenón de Micenas para declararla, aun así, a pesar del ejemplo de su sabio padre, a pesar de las enseñanzas de su prudente madre, su atolondramiento había regalado la oportunidad que estaba buscando el más ambicioso monarca de los helenos para arrasar a su mayor rival de oriente. La vergüenza que le producía su estulticia le daba calambres en el estómago que la postraban durante horas.

Como hacía tanto que la trataban igual que una posesión, un adorno ceremonial, finalmente se había convencido de que lo era. En su hundimiento, había vuelto a pasar de mano en mano sin inmutarse. Al quedar viuda pelearon por ella dos hijos de Príamo: Deífobo y el adivino Héleno. Cuando el primero, buen guerrero y excelente auriga, pero orgulloso en exceso y subyugado por el propio ímpetu, impuso su pretensión, Héleno abandonó Troya enojado. No tardó luego en llegar la noticia de que se había pasado al bando de los griegos. Decían los rumores que no había sido su intención amancebarse con la esposa de su hermano fallecido, sino entregarla a su esposo heleno para dar fin a la guerra. Si fue así, sus razones se desoyeron. En ese momento de indignación y locura llegó a acusarse de conspirar con el enemigo a todos quienes siempre habían laborado por esa suerte de solución. Murmuraban las malas lenguas que el viejo y sabio Anténor, el consejero más respetado de Príamo, había ofrecido entregar Troya a cambio del título de rey y de la mitad del tesoro real, mientras que otras voces decían lo opuesto, que el mismo Príamo lo había enviado

a negociar movido por la desesperación. Las habladurías desgarraban las entrañas de los troyanos.

No, a Helena ya no le quedaban lágrimas, y ni siquiera era capaz de soportar el lamento ajeno. Levantándose, dejó a Etra con el peine en el aire y a Clímene gimoteando en el suelo, y subió al piso superior. Desde allí podía ver las marismas y el mar en el norte, el macizo del Ida al sur —muy lejos—, los bosques frondosos hacia levante, y, al contrario, a poniente, la llanura del río Escamandro, que tanta sangre había absorbido. Hacia allí, asomando amenazantes entre las colinas de la costa, los fuegos que marcaban la empalizada del campamento heleno titilaban a través de la noche y se confundían con las estrellas. Atravesar las murallas de Troya, la puerta del oeste, cubrir aquel inmenso espacio lleno de bestias hechas a la carne humana y las presas fáciles, de guerreros consumidos por el odio en uno y otro bando. ¿Cuánto podía tardar? ¿Media mañana? La idea de llevar a cabo ese trayecto le envenenaba el pensamiento. Ahora bien —razonaba—, ¿serviría ya de algo?

Se refugiaba en el piso más alto, por encima de todo, con el fin de ensancharse el alma mediante la contemplación de inmensos horizontes, como lo hacía desde la torre del palacio real en Esparta, hasta que también allí lograban atraparla los llantos ajenos. Al caer la noche una brisa helada recorría la ciudad y recrudecía las heridas. Salían las mujeres de sus casas para llevar ofrendas a los templos y a los recintos sagrados donde se acumulaban las aras. Entonces se llenaba Troya con gemidos en las muy variadas lenguas de los pueblos aliados que compartían la desgracia. El viento gélido descendía por la colina y, como se colaba primero



A Helena ya no le quedaban lágrimas para llorar la muerte de su amado Paris.

en el palacio de Príamo, recorriendo los pasillos, silbando a través de los maderos que sellaban las puertas de las vacías estancias de los príncipes muertos, después, cuando llegaba hasta Helena, le traía los lamentos del que un día fuera feliz padre de una gran familia y protector de su patria, el buen rey que tan noblemente la acogiera a su llegada, quien se consumía ahora día tras día gritando de dolor por los muchos pedazos de su corazón que la crueldad del enemigo había encadenado a la traidora noche con el funesto sueño de la muerte.

∞

Al mismo tiempo que Helena escudriñaba los fuegos griegos en la lejanía, unos ojos que ella conocía bien miraban en la dirección opuesta. Ulises de Ítaca ojeaba las luces de Troya desde el parapeto de la empalizada. El corazón le dolía en el pecho porque, en la oscuridad, no dejaba de oír los relinchos de los caballos que habían perdido a su dueño y los gritos de los heridos incapaces de andar o que habían sido dados por muertos y que ahora se arrastraban en la noche, aterrorizados por el aullido de los lobos que bajaban de las montañas. Le parecía que la vida en la ciudad seguía tan cómoda como siempre y que solo los suyos agonizaban en angustiosa parálisis.

Al sentir el azote del viento gélido que venía de tierra adentro en busca del mar, el mismo que había recorrido Troya, descendió del parapeto. El adivino Calcante había convocado al consejo. Ya se habría sacrificado un toro cebado de cinco años y honrado a los más bravos en el combate reservándoles los mejores trozos, y los jefes se estarían reu-

niendo. Ulises se hundió en las callejas del campamento de camino a la tienda de Agamenón.

Cuando llegaban a la costa, las corrientes del interior chocaban con el viento marino y se arremolinaban entre los navíos varados en la arena de la playa, apuntalados con piedras y rodeados de tiendas de lona y estacadas para convertirlos en bastiones. Dispuestos en hileras, formaban calles entre ellos y se distribuían según el origen de cada contingente al modo de los barrios de una ciudad. A aquella hora, en otros tiempos, acostumbraba a resonar por todo el reducto el escándalo de los guerreros que bebían y comían alrededor de grandes hogueras para celebrar que seguían vivos, sin embargo, no quedaba de ello más que un sinnúmero de bajeles abandonados, carcomida la madera y las lonas hechas harapos, semejantes a osamentas de bestias colosales venidas del fin del mundo para morir en aquellas costas. No podía pasar Ulises bajo sus sombras lúgubres sin sentir que el horror le calaba en el tuétano de los huesos. Solo el murmullo de las olas se oía ya en aquel cementerio de barcos, pues los hombres, fatigados, se recogían al interior de sus tiendas a lamentar en soledad la muerte de sus compañeros y añorar la calidez de sus hogares.

Descorriendo la cortina, Ulises entró en la amplia tienda del jefe supremo. Ya no celebraban los caudillos aqueos las asambleas en el ágora, como había sido costumbre, pues el verse menguados en número les afectaba el ánimo. Alrededor del gran brasero se apiñaban los jefes, encogidos en el interior de gruesas capas y lanudos vellones, rígidos de frío, con el pastor de hombres Agamenón y su hermano Menelao sentados al frente. Lejos habían quedado las reuniones alborotadas en

las que la tierra gemía bajo los pies de los reunidos. En tanto que Ulises ocupaba su lugar, el cetro que daba la palabra viajaba de mano en mano aproximándose a Calcante. Encorvado en su asiento, la larguísima barba blanca le caía al adivino hasta casi tocar el suelo. Alzó el rostro al ver el cetro delante de él, y entonces, tomándolo, se levantó para pronunciarse.

—Amigos, siguiendo los oráculos, hemos cumplido todos los preceptos sin cuya satisfacción Troya jamás caería: trajimos de Esciros al tierno hijo de Aquiles; recuperamos el arco de Hércules y las flechas envenenadas con la sangre de la hidra de Lerna que posee Filoctetes; robamos de la ciudad la estatua sagrada de Atenea que llaman Paladio. Todas las exigencias han quedado satisfechas sin que logremos la victoria. ¿Qué hemos olvidado? —Ante esa pregunta, en el pecho se les conmovió el ánimo a los miembros del consejo, pues a muchos les turbaba la misma preocupación, aunque lo silenciaban—. A diario escudriño los cielos en busca de presagios. Contemplo el vuelo de los milanos y las gaviotas y sus persecuciones a las palomas, a los estorninos, a las golondrinas: acosan unas y huyen las otras; a veces atacan con éxito las aves rapaces y sacian su hambre y a veces sus presas las superan y las dejan famélicas. Más me convenzo, viendo que su comportamiento es tan invariable como el nuestro, de que si bien hemos satisfecho todos los preceptos, también los troyanos hacen lo mismo, y parece que Zeus omnipotente nos ha dejado a nuestro albur. Troya no caerá por la fuerza, sino que hay que encontrar otro modo para doblegarla.

Así habló el adivino, provocando un murmullo entre los presentes. Neoptólemo se agitaba en su asiento y reclamaba el cetro, pero Calcante no se lo cedió, sino que lo entregó al viejo Néstor, cuyo juicio respetaba en mucho toda la Hélade. Se alzó tembloroso el sabio rey de Pilos, pues su edad, que ya era avanzada al inicio de la guerra, lo mermaba terriblemente. Tomó aire con dificultad.

—Por muchos signos nos convencimos de que regresaríamos pronto tras saquear Troya, pero ahora parece que una fuerza omnipotente ha decidido que el cansancio y la congoja nos dobleguen tras perder numerosa hueste —dijo, y luego se detuvo para suspirar ante la mirada desolada de los presentes—. No volvamos a chocar contra la muralla como olas contra escollos. Menguados en hombres y en armas, nuestros ataques son inútiles y no somos capaces de ahogar la ciudad de modo que nadie entre o salga. Quiero someter al consejo la propuesta de suspender los ataques. En lugar de exponernos a las penalidades de una lucha violenta, acudamos a la astucia, pensemos alguna argucia que abra la brecha que no consigue abrir el bronce y salvaguarde nuestras huestes.

Se alzaron voces de aquiescencia entre los más veteranos, que sabían que a Néstor le asistía la razón. Impaciente, se levantó el hijo de Aquiles y se lanzó a hablar sin que fuera su turno.

—Quienes se dicen bravos acometen a su enemigo cara a cara y en campo abierto. Que sean los troyanos quienes eviten el combate y luchen cobardemente desde lo alto de sus torres. Nosotros debemos renunciar a los amaños. En lucha franca hemos de probar que somos los mejores.

Así dijo, y no fueron pocos quienes admiraron su bizarría. Sin embargo, se miraron los más con disgusto ante la simpleza del razonamiento. Pidiendo el cetro, que pronto llegó a su mano, le replicó el aguerrido Diomedes de Argos, tan glorioso en la batalla como incontenible era su ímpetu.

—¡Oh, noble hijo de un padre no menos noble! Has hablado como cuadra a un héroe y a un hombre valeroso. Y, no obstante, ni tu padre, semidiós en valor y en fortaleza, pudo destruir ese orgulloso baluarte. Comprende, pues, que la valentía no lo puede todo.

Todos los presentes aplaudieron la intervención con excepción de Filoctetes de Melibea, el excelente arquero cuya flecha había acabado con la vida de Paris. Habiendo resultado herido en el viaje de ida, muchos años atrás, la flota griega lo había abandonado con su contingente en la isla de Lemnos. Solo en tiempo reciente, con edad ya madura, había podido recuperarse de la herida por entero e incorporarse a la guerra, igual que Neoptólemo. También sin esperar el cetro, pues le movía la pasión, se alzó el guerrero.

—¿Queréis infundirnos miedo y hacernos cobardes? ¿Os disponéis a huir saltando traidoramente a vuestras naves? ¡Sentaos sin temblar y atended a los que ardemos aún con el fuego del primer día!

Ultrajado por sus palabras, se volvió Diomedes hacia él:

—Nuestras esposas e hijos están sentados en nuestra hacienda aguardando y la empresa por la que vinimos aquí se halla incumplida. Ni siquiera después de tanto tiempo sabemos con certeza si volveremos con suerte o con desdicha. Cualquiera que permanece un solo mes lejos de su casa se irrita si el mar encrespado lo acorrala. No se puede vituperar a los aqueos por impacientarse junto a las corvas naves.

Apretó los puños Filoctetes, dando pasos en dirección al otro mientras replicaba:

—¿Dejaréis como galardón para Príamo y los troyanos a Helena, por cuya causa perecieron tantos de los nuestros lejos

de su tierra? Será vergonzoso que se enteren los hombres venideros de que tan soberbia tropa de helenos en vano combatió y luchó en ineficaz batalla contra menos hombres.

Igualmente avanzó Diomedes con mirada torva y pareció que iba a estallar la pelea. Agamenón se levantó al punto, grande como una montaña. Poniéndose entre ellos, la intensidad de su presencia los hizo recular quedamente a sus asientos. Entonces el pastor de hombres tomó el cetro de la mano de Néstor. Todos pensaron que se disponía a hablar, sin embargo, no dijo nada, sino que atravesó la reunión hasta el extremo donde se sentaba Ulises con aire ausente, los miembros derrumbados. Puso el cetro en sus manos. Hasta él alzó la vista el itacense intentando esconder su desaliento y vio que había esperanza en la mirada del rey, convencido de que muchas veces sus mañas habían salvado a los helenos.

—¡Héroes aqueos, aliados bajo mi égida, escuchad mi palabra! —bramó el supremo comandante—. Es vergüenza ausentarse tanto tiempo y volver solo con tristeza. Por eso os prometo algo que quedará cumplido: no verán descanso mis brazos hasta que no consigan abatir la viga maestra del palacio de Príamo y prenderla con fuego abrasador. Ahora bien, templemos el ánimo y pongámonos en manos del ingenio, que tanta gloria trae como la espada, pues place lo mismo a los dioses.

Tal diciendo, volvió a su sitial. La atención de todo el consejo quedó fijada en Ulises. Sin embargo, el de Ítaca callaba. Tenía la boca espesa y un vacío en el estómago. La idea de poner término rápida y limpiamente a la cruenta guerra era la más dulce, la más deseada, pero no por ello tenía na-

die la más mínima noción de cómo hacerlo. ¿Esperaban ver funcionar su agudeza, que pariera la artimaña decisiva, en aquel mismo momento? No podía pensar, no podía sentir, no anhelaba nada, nada temía tampoco, porque tenía el alma desangrada. Cansadamente, se levantó, pero, en lugar de pronunciarse, llevó sus pasos en busca de la entrada, descorrió la cortina, salió… Desapareció en la noche, llevándose consigo el cetro que le daba la palabra en el consejo, donde no tenía nada que decir.

2

La astucia de Ulises

Rodeada de los familiares, derramó la viuda sobre el suelo la libación prescrita —dos copas de don puro de Dioniso, dos de leche fresca, dos de sangre sagrada—, y luego fue esparciendo flores encarnadas e invocando el alma de su amado esposo. Fueron acercándose los demás para brindar las ofrendas que podían, pues se había decretado que se evitaría el sacrificio de ovejas, lechones y, por supuesto, novillos, por la escasez que se vivía en la ciudad. No pudo aguantar más el dolor la esposa cuando, al prender la pira los compañeros de armas del difunto, vio la rapidez con que las llamas consumían la madera y, al alcanzar el cadáver, ennegrecía el manto en que estaba envuelto y humeaba donde estaban los ojos y la boca, como queriendo revelar a los vivos el aspecto que tenía la sombra que era ya en el inframundo. Prorrumpió en gritos y, mesándose los cabellos, se arrojó de rodillas al suelo, donde fue recibiendo

la llovizna de ceniza que esparcía la columna de humo en su ascenso a los cielos.

Era al sur de Troya, cuyos caminos llevaban al monte Ida y al reino de Anquises y su hijo Eneas, donde se reunían los troyanos en torno a las ardientes hogueras de sus muertos. Carretas tiradas por bueyes y mulos atravesaban la puerta dardania para sacar de la ciudad los cadáveres, envueltos en paños cada vez menos delicados, los que era posible encontrar. Penosamente se arrastraban detrás los miembros de las comitivas fúnebres y se iban dispersando después bajo la vigilancia de centinelas, no fuese que viniese a interrumpir la ceremonia un ataque súbito de los helenos. Tenían los troyanos que marchar más lejos a cada ocasión porque los bosquecillos más próximos estaban desnudos y los prados requemados. Luego, cuando las piras estaban consumidas, apagaban los rescoldos con vino, y los hermanos y hermanas del finado recogían los blancos huesos en medio de las cenizas, los envolvían en telas, los guardaban en arquillas. Más tarde los descendían a la fosa y los enterraban. Los pobres cubrían la tumba con piedras, pero quienes tenían todavía dinero, pagaban para que se erigiera sobre ella un túmulo que después se terraplenaba. Al final, consumada la despedida, todos volvían a la ciudad entre grandes lamentaciones y las pesadas hojas de la puerta dardania se cerraban detrás de ellos con un resonar de madera sólida y frío bronce.

En medio del trasiego apesadumbrado de dolientes, ante cuyo desfile se quedaban en silencio los pastores y los centinelas, no eran pocos los troyanos que retrasaban su vuelta buscando un alivio momentáneo en el aire libre. Fue por eso por lo que nadie paró mientes en que la plañidera de un

funeral, envuelto el rostro en un manto deslucido, el de una mujer humilde, se separaba del cortejo durante la ceremonia y desaparecía en los matorrales. Se encaminó hacia el oeste, siempre a la sombra de las arboledas y evitando los senderos. Si oía el paso metálico de una patrulla, se detenía y aguardaba a que se perdiera a lo lejos antes de continuar su viaje a través de la espesura.

Fue dejando Troya a su espalda y acercándose al Escamandro, donde clareaban los bosques y quedaba hacia el norte la llanura y los marjales. Jadeaba y transpiraba bajo el sol, que ya llegaba a su cénit. Como el río era más profundo en aquella parte, tuvo que salir de la floresta y recorrer la ribera en busca de un lugar para vadearlo. Así fue como la descubrió el destacamento que vigilaba los pasos del curso alto para dar aviso a la ciudad cuando los griegos se acercaban. Apenas la vieron, los guardias le dieron el alto, pues era llamativa su presencia en aquella zona que ya solo transitaban soldados. Entonces salió huyendo orilla abajo. Las ropas le entorpecían la carrera, pero no por ello se deshizo de su apretura, obstinada en permanecer cubierta. Oyendo cada vez más cerca los gritos y el chocar del bronce, miró al este, donde veía Troya ascendiendo lentamente desde la llana ciudad hacia su altanera cabeza en la colina, apoyada en la almohada del acantilado que caía a pico. Aunque seguía pareciendo inexpugnable, yacía malherida dentro de sus murallas. No podía echarse atrás. No podía volver. Tenía que alcanzar el campamento heleno. Echando a un lado la capa que le cubría la cabeza, Helena quedó al descubierto y luego saltó al río.

No bien se hubo hundido en el agua, se dio cuenta de su error. El Escamandro podía atravesarse fácilmente más cerca

de la desembocadura, donde había puntos, incluso, en los cuales los carros cruzaban a la carrera sin necesidad de puentes, levantando una cortina de agua a los lados. Sin embargo, allí arriba no se hacía pie y el río corría más veloz. Helena intentaba bracear, pero las ropas se le enganchaban al cuerpo, le aprisionaban los brazos y las piernas. Se veía arrastrada sin remedio, tragaba agua y boqueaba, perdía la superficie de vista. Oyó que los soldados se lanzaban al río para rescatarla.

∞

Ulises se sentó bajo un olivo cuyos frutos yacían por doquier y, después de apartar del fuego la liebre ensartada, se la llevó a la boca con cuidado de no quemarse. Los venados habían desaparecido de la Tróade huyendo del acoso de los hombres y las bestias. Mientras comía, extravió la mirada alrededor. El hinojo se extendía por el prado entre hierba blanda. Cantaba muy cerca una musgosa fuente a la que el murmullo de las hojas en las copas de los árboles hacía de coro. Parecía que los pájaros gorjeaban para saludarlo y que el bosque todo le sonreía. En aquel lugar la guerra parecía un mal sueño. Se sentía el de Ítaca tentado de seguir marchando adelante, refugiándose en parajes como aquel, y no regresar. Entonces, al echar la mano al zurrón para coger el odre, volvió a sentir el peso del cetro de la asamblea.

Era hora ya de regresar al campamento. ¿Para qué negarlo? Los demás jefes debían de estar inquietos por lo extraño y prolongado de su ausencia. Varias jornadas habían transcurrido desde que se fuera para espiar los altos muros de Troya. Aunque los conocía como la palma de su mano, volvía a recorrerlos una y otra vez en diferentes momentos del día con

el propósito de estudiar las costumbres de los defensores. Se acercaba al amparo de la noche, pero también, temerariamente, a la luz del sol, fingiéndose un pastor o el conocido de algún finado en un funeral. Como era grande y populosa, la plaza no solo era accesible por sus famosas puertas fuertemente protegidas con sus torres, sino que había otros accesos de menor importancia, puertas y portezuelas utilizadas para ir a hacer aguada a frescos manantiales, salir a pie dando menos rodeo, arrojar desperdicios. Pero no podían tenerse esos puntos por debilidades, porque estaban emplazados en sitios abruptos o poblados de bosque, atrancados por dentro con grandes rocas o bajo la vigilancia de puntos fuertes del bastión, y eran muy fáciles de defender, ya que solo de uno en uno podían atravesar por allí los atacantes. No en vano era aquella una ciudad fortificada por mano de los dioses.

¿Cómo penetrar en la fortaleza con un número suficiente de hombres sin ser vistos?, se preguntaba Ulises. Una vez dentro, deberían asegurar un trecho de muro para que escalasen los demás o, si era posible, abrir las puertas. ¿Por qué los dioses habían hecho a los hombres tan pequeños y no a imagen de los antiguos gigantes o de los titanes mismos, tan grandes que a pie pudieran cruzar el mar y a fuerza de brazos arrancar montañas? ¿Por qué no pudieron concederles al menos, ya que su fin era inevitable, que fueran capaces de sobrepasar con vida una larga edad? ¿Acaso no ocupaban su lugar en el mundo? Bien veía el itacense que solo con esfuerzo los parajes cultivados daban frutos y eran mejores que los que estaban sin labrar. ¿Por qué administrar tanta miseria a los hombres, por qué jugar con ellos como hacían en la llanura polvorienta de Troya?

Atribulado, abandonó aquel remanso de paz y remontó el promontorio a la fresca sombra de los pinos. Al llegar a la cima recibió la sacudida de la brisa salina y le ensordeció el rugido de las olas, porque aquella colina miraba al inmenso desierto azul, que, a sus pies, estallaba contra un acantilado. Ásperos matorrales se zarandeaban al viento sobre el túmulo de Aquiles, sucios de arenisca. Ulises se arrodilló junto a la tumba. También el guerrero de la profecía, el hijo de Peleo y Tetis, a quien todos admiraban como el mejor de los helenos, había perdido la luz de sus ojos y el alma, en su agonía, se le escapó del cuerpo. Muchos reyes que imperaron sobre gloriosas naciones habían caído en la guerra, príncipes que ya no conocerían princesa, preclaros guerreros que brillarían en canciones pero nunca más sentirían las gratas caricias de los helechos en las piernas. En tierra acabaron los huesos de todos ellos, tan nobles, lo mismo que los del más miserable de sus esclavos. ¡Ojalá que al acercarse su barco a las costas de Esparta se hubiera ahogado el adúltero troyano Paris en una furiosa tempestad!

Así se lamentaba el itacense en lugar de buscar la solución que le habían encomendado, pues sentía su ánimo agostado por la aflicción y la pérdida, muerta de asco su agudeza por el hedor de la sangre. Más áspero que el rusco sentía su pensamiento arrastrarse en el interior de su cabeza a lo largo de aquellos días que se le hacían más largos que todo un año. Si le hubiera sido posible conocer en qué lugar preciso de su alma tenía incrustado el peso que con su carga le agotaba, allí se cortaría sin dudarlo la carne con la espada para arrancarse aquel enorme bloque dañoso. Descendió corriendo la colina hacia el sur, en dirección contraria al campamento.

Buscaba cambiar constantemente de sitio para ver si encontraba finalmente donde pudiera soltar la carga. Pero no podía despegarse de ella, le era imposible, porque le parecía que su carga era él mismo, que era de su persona de lo que intentaba escapar, de aquel jovenzuelo envanecido por su afamada astucia, a quien aborrecía por haber abandonado su hogar y acudido a una guerra que no era suya, por los horrores que había perpetrado en ella, por los horrores que le quedaban por cometer.

◦◦◦

Irrumpió Deífobo en el dormitorio, atravesando la guardia apostada para vigilar a la fugitiva, con una patada en la puerta que hizo saltar a Helena en su silla y provocó que Clímene estallara en llanto, aterrada, pues creyó que el príncipe, que tenía la mano en el pomo de la espada, venía a ajusticiarlas sin más preámbulo.

—¡Caprichosa! ¡Insensata! ¿De este modo pagas la sangre que ha dado esta tierra para defenderte? ¿Así demuestras tu respeto por el amor que te prodigó mi hermano Paris? ¿Así escupes sobre la tumba de Héctor?

Alzándose como un rayo, Helena se precipitó sobre él y le hizo girar la cara con un sonoro bofetón.

—¡Calla! —chilló—. ¡No oses decir el nombre del mejor de los troyanos, cuya grandeza te rebaja a la categoría de un insecto! ¡Nunca, desde que Paris me trajo, triste de mí, oí de su boca la más mínima palabra que pudiese herirme! ¡Fue siempre cariñoso conmigo, me acogió, y cada vez que alguien de palacio, hermano o hermana, cuñada o suegra, me trató con dureza, siempre él lo apaciguó y su amable

corazón me dijo palabras afectuosas! Con él murió mi único amigo aquí, mi único confortador, pues bien sé que todos los demás me detestáis, incluso tú, para quien soy un trofeo, no un ser humano. —Abriéndose la túnica, se arrodilló ante él y le ofreció el cuello—. ¡Hunde tu espada aquí y llévale los despojos a Menelao! ¡Así la guerra perderá su objeto y nadie me ganará!

Con los labios apretados hasta el dolor, la mano cerrándose sobre la espada, Deífobo la contempló ardiendo de enojo. Sentía que el impulso de desenvainar y degollarla allí mismo latía en sus sienes y a lo largo de su brazo. Nada le apetecía más, a pesar de la belleza de aquellos ojos que lo miraban con imperioso anhelo. Seguían relumbrando como esmeraldas en un rostro que, aunque ajado, cautivaba la vista como el primer lucero que ilumina la noche. El príncipe aflojó el puño y lo separó de la espada.

—Poco tiene que ver ya esta guerra contigo. No daré a los helenos la satisfacción que han venido a buscar después del daño que han causado a los míos. Los echaremos al mar o nos exterminarán ellos. No hay más final para lo que empezó la ligereza de mi hermano. —Dándole la espalda, se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, se volvió de nuevo—. No daré noticia a mi padre de tu hazaña traidora para que no rabie más su tormento.

Tal diciendo, salió tan rápidamente como había venido. Vio Helena que, al tiempo que cerraban la puerta, los guardias la miraban sin ahorrar desdén. Entonces notó que resucitaba en sus entrañas aquella angustia que a menudo la postraba, y que, subiéndole por el pecho, la agarraba de la garganta y la dejaba sin aire. Jadeó y cayó de costado. El dolor buscaba

una salida. A pesar de sus esfuerzos, ya no podía reprimirlo. Como si formara parte de un espasmo, al fin emergió por la boca y los ojos: un estallido de desgarradores gemidos que resonaron en la estancia, después en el pasillo, en el claustro, en el palacio entero.

◦◇◦

Puesto que ya se estaba en pleno otoño, los racimos debían de estar maduros, se decía Ulises removiendo el fuego bajo las estrellas. Había decidido hacer noche junto a una gruta consagrada a las ninfas del bosque que había hallado en el centro de una gran peña, aunque no se atrevía a entrar a pesar del relente porque había visto que en la boca estaban depositados exvotos para las diosas. Como eran antiquísimos pero estaban intactos, supo él que no frecuentaban el lugar los animales. Sentado sobre una piedra, buscaba calor pensando que se echaba encima la vendimia y allá en Ítaca andarían todos en el campo atareados. Uno dejaría el lagar a punto, limpiaría otro las tinajas, saldrían todos los sirvientes de su casa con pequeñas podaderas para cortar racimos a los que luego exprimirían todo el jugo. Tal vez su hijo Telémaco, al que veía como un adolescente juicioso y por todos querido, se afanaría, contento, a prestar ayuda. Lo imaginaba él cargando con cestos llenos de racimos, pisándolos y acarreando después el mosto hasta las cubas ante la admiración de los suyos. A su esposa Penélope se la figuraba mandando repartir la comida y el vino añejo a los vendimiadores, y hasta recogiendo el fruto de las vides se la representaba en su ensoñación nostálgica, bella como una diosa, pues era en Ítaca la viña toda baja, no de la que desplegaba sus sarmientos por lo alto.

Embriagado por los vapores del vino que imaginaba, las caricias de su esposa cosquilleándole en la mejilla, las risas de su hijo tintinando en sus oídos, se tendió sobre la hierba para ir al encuentro del blando sueño. Pero, sin poderlo evitar, al verse aplastado por el mutismo de las estrellas, perdió el consuelo y acres lágrimas se le agolparon en los ojos. ¿De qué le servía hacer escombros de la muralla de Troya, si se había visto privado de los más dulces años, diez ya, de su amada y su retoño? Aunque algún día la ciudad acabara en cenizas, para él seguiría en pie por siempre, porque nunca dejaría de verse como un vencido. Él no había suscrito el juramento del rey Tindáreo, aquel que comprometía a los pretendientes de Helena a defender a quien ella escogiera por marido. Tampoco había acudido a la llamada de Agamenón cuando se concentraba el ejército en el puerto de Áulide, sino que habían ido a buscarlo y lo habían forzado a comparecer por necesidad de sus ardides.

Al cabo de tanto tiempo, ¿viviría Penélope maldiciéndolo por su abandono o seguiría considerándose su esposa, intacta en su fidelidad? ¿Habría llegado Telémaco a ser un buen hijo a pesar de faltarle su amor en los más tiernos años? ¿Sería capaz su anciano padre Laertes de sostener el gobierno, rodeado de enemigos que aguardaban la noticia de su muerte para lanzarse sobre su trono como perros de presa? Se estremecía el rey de Ítaca, abatido, en medio de la noche.

Tuvo lugar entonces que, lo mismo que a la luz del día creía que los sonidos del bosque le saludaban para levantarle el ánimo, le asaltó la impresión repentina de que ahora la oscuridad lo acechaba para hacer más acerbas sus heridas y que la cueva que tenía delante se abría en una mueca horrenda

para acompañarlo en la pena. En verdad parecía que emergía un lamento de las entrañas de la tierra, tan melancólico que removía el alma. Se incorporó Ulises con la mirada en la gruta queriendo cerciorarse de lo que estaba oyendo. Silente e inmóvil, pudo comprobar que, ciertamente, parecía entonar un salmo tristísimo. Se levantó y, tomando en un haz unas pocas ramas de las que ardían en el fuego, se encaminó con pasos recelosos hacia el interior.

Bailaban las sombras en las rugosas paredes al ritmo de las llamas mientras Ulises se internaba en pos de la melodía. A medida que avanzaba oía al mismo tiempo el repiqueteo de unos leves huesecillos. Algo se agitaba al fondo, arañado tenuemente por la lumbre. Se detuvo el itacense con el corazón encogido porque las rodillas le temblaban. Conteniendo el aliento, reunió coraje y avanzó otro paso. No era una cavidad profunda, sino apenas una oquedad. Pronto llegó la luz al fondo y reveló lo que allí había. Al final se abría una resquebrajadura por la cual silbaba una corriente de aire. Justo delante colgaban del techo mediante cintas multitud de ofrendas a las ninfas en forma de viejísimas zampoñas, flautas y siringas, dispuestas de manera que el viento las removía y las hacía entrechocar. Sabiamente, además, era capaz de hallar camino a través de su interior para hacerlas sonar. Hasta ellas llegó el itacense para observarlas más de cerca. Eran ofrendas de viejos pastores.

Había un corto caramillo que era igual al que solía usar allá en su hacienda el porquero Eumeo, el más fiel de los siervos de su casa desde tiempos de su padre. Como giraba el instrumento sobre sí mismo pendiendo de su cinta y cada vez que se colocaba transversal a la rendija emitía su agudo

sonido, no pudo resistir Ulises la tentación de sujetarlo un momento como si quisiera darle un respiro. Fue entonces, al detenerlo y acercarse a mirarlo, cuando vio que por la parte de abajo se aferraba a la caña una gruesa oruga cuyo cuerpo había aplastado él con el dedo sin pretenderlo. En lugar de removerse a causa del dolor, se había resquebrajado como si fuera un mero caparazón de papel. De su interior manó de súbito un tropel de insectos alados de color castaño que rápidamente invadió su mano y comenzó a picarle.

Salió de la gruta a toda prisa sacudiéndose el enjambre de encima, pero, como no veía bien adónde se dirigía, dio un traspiés y cayó al suelo. Rodó por el desnivel alzando hojarasca a su paso. Únicamente la fragosidad del terreno logró detenerlo. Hasta que dejó de oír el zumbido a su alrededor no se atrevió a sacar la cabeza de entre los brazos. Con todo el cuerpo adolorido, se dio la vuelta y quedó echado frente a la bóveda celeste cuajada de luminarias. Dejó escapar un suspiro. Los perfiles oscuros de las hojas se agitaban en el dosel del bosque. Parecía que le hablaban. Entonces, parándose a escuchar, se dio cuenta de que, en verdad, distinguía palabras en su oído, un dulce susurro femenino que levantaba aquella carga agotadora en su pecho y ponía en su lugar la llama de antaño. Se alzó al instante en medio de las sombras, impulsado por una efervescencia incontenible. Se percibía distinto, con nueva fuerza, el pensamiento fluyendo como un torrente feroz. En su mente estallaba una y otra vez la imagen de los insectos parasitarios saliendo del interior del cuerpo de su huésped, donde habían permanecido larvadamente hasta que llegó el momento de salir. Algo se movió entre las copas de los árboles. Buscando qué podía ser vio



Ulises distinguió un dulce susurro femenino entre el murmurio de las hojas.

Ulises la figura de una enorme lechuza de plumas argentinas que batía majestuosa sus alas hacia la luna.

Nueve días llevaba desaparecido Ulises del campamento de los helenos. Durante toda una semana habían rehuido los jefes la reunión que pedían Neoptólemo y Filoctetes, pertinaces, pero, con cada nueva jornada sin noticias, fue más difícil apaciguarlos. Al fin tuvieron que ceder y volvieron a encontrarse en asamblea los caudillos helenos en la tienda de Agamenón. El hijo de Aquiles se levantó para hablar al rey de reyes sin dejar de lanzar miradas desdeñosas a los presentes.

—¡Pastor de hombres, a ti quieren los aqueos dejarte como el más desmentido de los míseros mortales y pretenden faltar a la promesa que te hicieron! Aquí los tienes, como tiernos niños, perdiendo el tiempo y lamentándose de que quieren regresar a casa. ¡Volvamos mañana a Troya en violenta batalla y ganemos para el bando heleno con nuestra ferocidad al cruel Ares! ¡Enviemos de bruces a los troyanos a morder con sus dientes la tierra, desgarremos en su pecho las túnicas, hechas girones con el bronce!

Se levantó con la mano sobre la espada Áyax de Lócride, el hijo de Oileo, al que llamaban el «menor» para distinguirlo, aunque ya no era necesario, porque el otro ya no estaba.

—¡Fanfarrón sin juicio! No procede agraviarnos tratándonos de cobardes. ¡Diez son los años que dura esta guerra y la madera de las naves está corroída y las sogas, desmenuzadas! Y ahora tú, que acabas de llegar, injurias a los que tanto tiempo hemos resistido. Si vuelvo a escucharte desvariando como en este momento, no tendré yo la cabeza sobre los hombros ni seré llamado hijo de mi padre, si no te agarro por el cuello y te arranco la ropa, la capa y la túnica que

cubren tus vergüenzas y te echo llorando a las veloces naves, apaleado con ignominiosos golpes.

Se hizo gran barullo entre unos y otros, pues no faltaba quien dudaba de que Ulises regresara y quien, por el contrario, clamaba «¡Ultraje!» ante tales dudas. Nadie quería ser acusado de cobarde. El orgullo estaba muy en lo alto. De pronto cantaron las espadas al salir de sus vainas y todos vieron que Neoptólemo y Áyax habían ido a buscarse en medio de la tienda con furibundo afán de violencia. Fue en ese momento cuando se corrió la cortina de la entrada y, ante la mirada atónita de los caudillos, Ulises de Ítaca entró en la estancia. Se hizo un silencio denso. Cubierto de suciedad, con las ropas desastradas, caminó el del famoso ingenio en dirección a los dos contendientes y, colocándose entre ellos, hizo que se apartaran. Entonces, mirando fijamente a Agamenón, que no perdía detalle de sus movimientos desde su sitial, metió la mano en el zurrón y sacó de allí el cetro que lo convertía en el portador de la palabra. Con firmeza lo esgrimió ante todos. Un murmullo recorrió la asamblea. Ulises se disponía a hablar.

3

Regalos de los helenos

Caían los nobles bosques víctimas del hacha helena en los frondosos valles del Ida. A las órdenes de Epeo, los guerreros más vigorosos ejecutaban el expolio de los mejores troncos, que luego bajaban a la costa para aserrar los maderos y cargarlos en combados bajeles. Los pastores del monte, viendo que los griegos trabajaban a la luz del día, descuidados de disimular sus ruidos, y que se llevaban navegando al norte innúmeros tablones de cualquier árbol que sirviera para las aguas marinas, corrieron a dar aviso a la ciudad de Troya. Apenas supo de aquellos movimientos, Deífobo envió espías para que averiguaran qué se traía el enemigo entre manos. A las pocas horas volvieron los primeros de ellos exaltados porque traían información asombrosa del campamento heleno.

—¡Los griegos están reparando sus barcos! —dijeron a su comandante. Este había mandado que los trajeran ante él apenas llegaran. Los recibió en el patio de su morada, donde

media su espada con sus más cercanos. Todavía jadeantes y sudorosos, los nobles guerreros que se ejercitaban en compañía del príncipe se reunieron a escucharlos.

—¡Los reparan para navegar! Tantos años hace que están varados que se encuentran muy maltrechos.

—¿Cuántos de ellos se preparan para zarpar? ¿De qué contingentes disponen?

—Es difícil saberlo. El fortín es un desbarajuste.

La excitación dominó al punto a todos los presentes, pero Deífobo detuvo su entusiasmo con un gesto que indicaba moderación. Después cruzó una mirada con Eneas, su segundo en el mando de las fuerzas de la ciudad. El dardanio le puso la mano en el hombro y se lo llevó a un aparte.

—Tenemos que desentrañar si se trata de una querella que los divide o si abandonan la posición, quiénes se van, adónde se dirigen... Que uno de nosotros se deslice dentro del reducto y ponga ojos y oídos por todas partes.

—Discurres con lucidez, como siempre. Ve con ellos y conoce todos los detalles —respondió el príncipe, golpeándole en el pecho fraternalmente.

Durante apenas un suspiro se detuvo cada uno en los ojos del otro. ¿Era posible que hubiera llegado el momento que tanto habían ansiado, el final de la pesadilla? Ambos pensaban lo mismo sin atreverse ninguno a decirlo por miedo de que, al nombrarlo en voz alta, el prodigio se deshiciera cual nieve en el deshielo. Dijo Eneas:

—No debe el rey permanecer ignorante.

Deífobo respiró hondamente y a continuación asintió. Eneas se separó de él llevándose a los exploradores consigo. Entonces, el príncipe habló para los demás con voz queda:

—Amigos, tened prudencia con estas noticias. No sabemos nada en realidad.

Todos convinieron en que la discreción era lo más acertado. Sin embargo, nadie podía evitar que rabiara su alma por amor a la vida, porque durante largo tiempo, en silencio, habían creído muchos que irremisiblemente se les escapaba.

◇◇◇

Por espacio de varias jornadas vigilaron los troyanos, ansiosos, los acontecimientos que trastornaban el campamento griego. Todo el ejército enemigo, en conjunto, se afanaba día y noche en el desmantelamiento de las estructuras que había ido construyendo a lo largo de los años en torno a sus navíos para convertirlos en verdaderos baluartes. Hecho esto, se ocupó en recomponerlos con el propósito de hacerlos aptos de nuevo para la navegación. No bien estuvieron listos los primeros navíos, aquellos que ocupaban las hileras más cercanas a la orilla porque a la llegada habían desembarcado en último lugar, apartaron piedra a piedra los lechos encima de los cuales los habían alzado para aislarlos de la humedad y para que estuvieran más aireados, y después los desapuntalaron. Entonces los echaron al agua y celebraron con sacrificios su segunda botadura.

Habían relajado en mucho la vigilancia, concentrados en su tarea. Los espías que se colaban en el campamento por la noche a nado desde el mar aseguraban que estaban cargando los barcos con agua y alimentos, subiendo sus pertrechos, vaciando sus tiendas sin miramiento como si no pretendieran seguir en ellas. Se preparaban, en suma, para abandonar aquellas costas. No se separaban, sino que se iban todos. No cambiaban

de posición, sino que se organizaban para una larga travesía. ¿Volvían a casa? Los informadores intentaban escuchar sus conversaciones más íntimas, pero los griegos hablaban poco, trabajaban mucho y no era extraño que cuando alzasen la voz fuera porque discutían por cuestiones ruines, por menudencias. Un ambiente sombrío dominaba el acuartelamiento: una sensación de alivio y fracaso al mismo tiempo.

En Troya, los caudillos de la ciudad, reunidos en el gran salón con la única excepción del rey Príamo, que permanecía en sus estancias, recibían las novedades con creciente entusiasmo. Proponían los más belicosos y castigados por la pérdida que se aprovechara la debilidad del enemigo para lanzar sobre él un ataque decisivo, mientras que otros, los más prudentes y los que estaban más agotados, a cuya cabeza seguía el anciano Anténor, aconsejaban preservar los brazos jóvenes y fuertes que todavía quedaban para la resurrección de Troya. La oportunidad que se ofrecía, argumentaban, no era la de hacer correr la sangre, sino la de evitar más bajas.

Puesto que eran consideraciones de este calibre las que se formulaban en el consejo, llegó un momento que fue imposible mantener la información en secreto. Los rumores escaparon por muy distintas bocas y, recorriendo la ciudad, despertaron enseguida el ánimo de sus habitantes. Después de tanto sufrimiento, ansiaban volver a salir de sus casas con alegría y celebrar con sus vecinos en mutuo regocijo. Tuvo que dar órdenes Deífobo de que no se abrieran las puertas hasta nuevo aviso, porque, en cuanto empezaron los chismes a difundirse, muchos ciudadanos se agolparon en ellas reclamando salir y temía él que arriesgaran las vidas para acercarse a la posición enemiga y confirmar si las habladurías eran ciertas. Pero entonces, al conocerse la prohibición, los troyanos se convencieron de que un suceso grave estaba teniendo lugar y de que sus caudillos querían ocultárselo. Se rumoreaba que el consejo permanecía en el gran salón del palacio desde la mañana, que ningún jefe había vuelto a casa. ¿Iban a rendir la ciudad con sus habitantes dentro a cambio de riquezas?

Cuando se zambulló el carro del sol allá al final del océano y bajaron con premura desde el cielo las húmedas tinieblas plagadas de estrellas, las casas de Troya se cubrieron con el halo plateado de la luna. Se levantó aquella noche un furioso vendaval y fue imposible que nadie conciliara el sueño. El viento bramaba por las calles haciendo retumbar los edificios, semejante al caudal de un río desbordado que fluyera fragoroso en busca de una salida. Bajo el ahogo de las sombras permanecieron los troyanos escudriñando el exterior de sus hogares por las rendijas de contraventanas crujientes, estremeciéndose al oír el estrépito de objetos caídos, gritos destemplados en la lejanía, sonidos de bronce entrechocando. Solo tras largas horas, en lo más profundo de la negrura, Troya cayó dormida por puro agotamiento.

Había remitido la ventisca y ya punteaba el rocío en las tiernas hierbas y se quejaban los pájaros al ver la herida purpúrea que se abría en levante, cuando el rumor de muchas voces y el ajetreo de los soldados en las calles despertaron a toda la ciudad, transida de mal sueño. Al otro lado del Escamandro arrancaba un segundo amanecer de carácter más sombrío. Se enfurecía allá el fulgor palpitante de un inmenso incendio, cuyas llamas vomitaban humo que se enroscaba en errantes torbellinos. Inmediatamente se lanzaron los troyanos a descorrer los cerrojos de las puertas

y se derramaron fuera de sus casas sin orden ni concierto, buscando unos las salidas de las murallas y otros la ciudadela. Ardía el campamento griego.

Se consumían los últimos rescoldos de la empalizada y las tiendas cuando llegaron los carros del ejército troyano. Fustigando sus yeguas de bellas crines, cruzó Deífobo antes que ninguno bajo el armazón calcinado de la puerta contra la que tantas veces habían chocado y que solo en tiempos del desencuentro de Aquiles con Agamenón habían logrado atravesar. El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho y, gozoso, se salpicaba de arena y ceniza en su carrera entre los maderos ennegrecidos y el amontonamiento de escombros. «Aquí acampaban las tropas de Esparta, aquí los feroces mirmidones», se decía, «en estas filas emplazaban la armada y allí combatieron en línea con nosotros».

Detrás de él iban entrando y esparciéndose por doquier los demás caudillos seguidos de sus tropas. Pronto habían anegado los troyanos el reducto enemigo y vagaban por él, examinándolo boquiabiertos. La posición estaba desierta y la playa, abandonada. Los griegos habían zarpado con el viento de madrugada, después de prender fuego al campamento, y ya no estaban a la vista. Tenían que obligarse a creer lo que aparecía ante sus ojos: había llegado el fin de su congoja, habían sobrevivido al sitio.

Bien visible para todos desde el momento en que entraran había sido el raro portento que se erguía en la antigua ágora, frente al altar de Atenea. Era imposible sustraerse a la intensidad de su presencia por su colosal envergadura. Igual que

alborotadores grajos, fueron acercándose a él y rodeándolo los troyanos para contemplarlo admirados, pues realmente era una pieza de elaboración maestra.

Hecho con tablones de pino entrelazados, remedaba la forma de un caballo, aunque tenía la altura de un peñasco. Maderos ahuecados y torneados a la manera del interior de una nave se adaptaban a los anchos costados para conformar su vientre. Las mandíbulas mostraban dientes tallados, prestos a mascar, con caminos en la boca y los ollares hacia el interior para que al aire fluyera y el animal pudiera respirar como si fuera de carne y hueso. En lo más alto de las sienes se alzaban orejas muy tiesas que parecían aguardar el sonido de la trompeta. Las patas se aprestaban a una carrera inmóvil, que la necesidad obligaba a permanecer quieta. No carecía del detalle de las herraduras, hechas con reluciente concha de tortuga, bajo sus robustas pezuñas de bronce. Así brillaba, temible y con mucha hermosura, el gigantesco caballo. Se habría dicho que rompería a relinchar de un momento a otro, pues nada faltaba de cuanto se movía y agitaba en un animal viviente.

Asombrados ante la mole, Deífobo y Eneas cruzaron una mirada indecisa. Veían que, más abajo, se había alzado un edificio de altos muros de piedra para trabajar en su construcción, que luego había sido derribado con bien curvados picos. El animal no tocaba el suelo, sino que se alzaba sobre una plataforma con ruedas de madera a fin de que se mostrara dócil al ser arrastrado hasta el altar de Atenea, que se hallaba intacto y estaba rodeado de ofrendas recientes. A todos les daba la impresión de que era una obra consagrada a la diosa y nadie se atrevía a dar voces recias en su cercanía.

Se volvieron los caudillos hacia el camino que venía de la puerta, pues bajaba por allí el murmullo de una comitiva que pedía paso. Tirado por rápidas mulas, llegaba, con su séquito, el carro del rey Príamo, a quien se veía marchito, aunque soberbiamente erguido al lado de su auriga y con el rostro iluminado por la esperanza de ver salvados a los pocos hijos que le quedaban con vida y previendo para él una vejez en libertad. Iba abriéndose la multitud de soldados para dejarle expedito el acceso al ágora, donde se apeó y avanzó hasta Deífobo, a cuyo brazo se aferró cuando llegó a él, mientras miraba fascinado el formidable don de los helenos.

Solo se rompió el silencio reverencial cuando un grupo de exploradores entraron apresurados en el círculo que habían formado los jefes alrededor del caballo. Traían con ellos, arrastrando, a un hombre en penoso estado: con las manos atadas a la espalda por una soga ajena, cárdenos los miembros, hinchadas de sangre sus contusiones. Lo habían encontrado en los marjales al norte del campamento, desfallecido, murmurando palabras sin sentido. Era un griego. ¿Por qué habría recibido ese trato infamante? ¿Sería un desertor o un criminal? Lo dejaron sobre la arena, a los pies de Príamo, que había tomado asiento en la banqueta que le acababan de acercar.

—¡Despertadlo! —ordenó Deífobo, al lado de su padre.

No tardó en volver uno de los exploradores con agua del mar en su casco. Al contacto con el líquido helado, el castigado recuperó la conciencia de modo brusco. Escupió agua, tosió y jadeó. Pareció que iba recuperándose después arduamente, hasta que, al abrir los ojos, halló sobre él las miradas de los nobles de Troya. Como reconoció al viejo Príamo, inmediatamente rodó ante sus pies y los saludó con besos ansiosos.

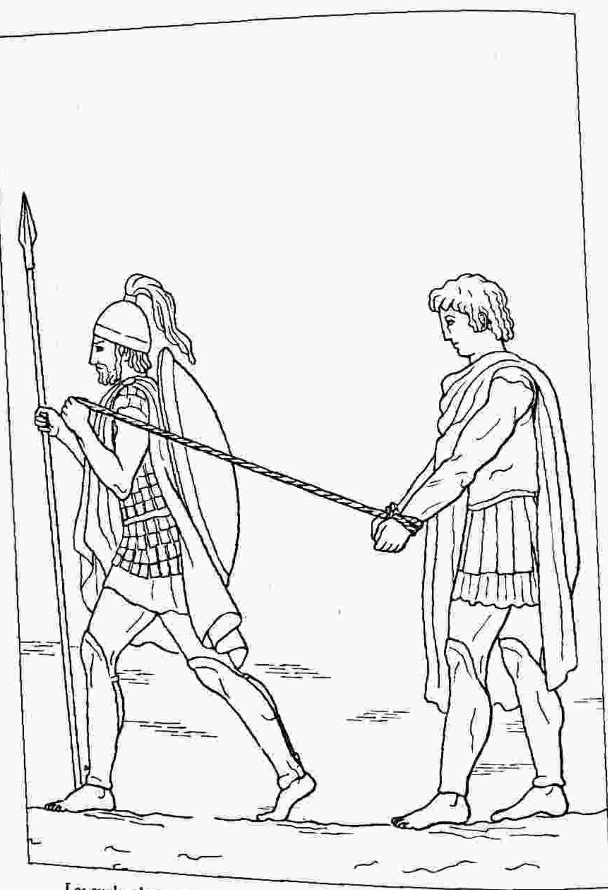
—¡Oh, portador del cetro, enemigo invicto de los helenos! ¡Respeta la majestad de Zeus, el dios de los suplicantes! ¿Qué suerte me espera? ¡No tengo lugar entre los míos, que me han arrojado de sí antes de desertar de estas costas! ¡En su loco orgullo, ved qué cosas han hecho a quien no era culpable de nada! ¡No pidáis también vosotros mi sangre, os lo ruego, pues no me queda tierra que pueda ampararme!

Sus clamores conmovieron a los troyanos que lo escuchaban. Poniéndole la mano en el hombro, el rey lo apartó y le hizo levantar el rostro.

—¿De qué sangre procedes? —preguntó—. ¿Y por qué has recibido castigo?

—Te voy a decir toda la verdad, rey, tenlo por seguro, porque en ello va que me concedas la vida. Argos es mi ciudad y Sinón tengo por nombre. Vine aquí en compañía de un pariente mío, Palamedes, príncipe de Eubea. Tal vez la fama ha hecho llegar a tus oídos noticia de su ingenio. Por envidia del artero Ulises los helenos lo llevaron inocente a la muerte. Yo no supe callar mi indignación y provoqué con mis palabras el fiero enojo de sus asesinos. No descansó Ulises en maquinar mi desastre con ayuda de Calcante. ¿Cómo tuvo lugar la venganza? Del modo ultrajante que veis y con motivo de este caballo. Esa es mi historia. ¡Tened compasión de mí! Si me inmoláis junto a esta ofrenda sagrada, obedeceréis la voluntad del engañador de Ítaca, pero, todavía peor, daréis satisfacción a Micenas y a Esparta, porque Atenea les favorecerá en su vuelta a casa, como pretendían hasta que conseguí escapar.

Se redujo a un ovillo, deshecho en sollozos. En vista de sus lágrimas, Príamo mismo se adelantó a mandar que le cortaran las ataduras y le habló con palabras amables:



Los exploradores trajeron a un extraño que murmuraba palabras sin sentido.

—Quienquiera que seas, extranjero, no debes tener miedo de los troyanos. Entre nosotros hallarás cobijo y no se apoderará de ti la nostalgia de tu patria. Ahora bien, te exijo primero que respondas la verdad a lo siguiente: ¿han abandonado nuestra tierra los griegos para siempre?

Viéndose liberado, Sinón alzó las manos al cielo y oró en estos términos:

—¡Diosa sabia y casta, y tú, altar, y tú, caballo sacrificial, sed testigos de que, por las leyes divinas, me es dado romper los lazos que me unían a mi pueblo y revelar a los vientos sus secretos! —Luego, volviéndose a la atenta concurrencia, suspiró intentando serenar el desasosiego que agitaba su pecho, porque no era poco lo que se disponía a confesar a quienes no hacía tanto habían sido mortales adversarios—. Los griegos regresan con el favor de las corrientes a Micenas en sus corvos navíos, pero no para siempre, sino que van a procurarse nuevas fuerzas. Volverán a cruzar el mar y aparecerán en estas costas en cuanto recuperen el favor de Atenea, para lo cual es la mole de este enorme caballo.

Muchas veces, explicó, habían deseado emprender la retirada y alejarse, cansados de lo largo de la guerra, pero la furia del mar les cerraba la salida. Desde que Ulises y Diomedes robaron con las manos tintas de sangre el Paladio —la estatua de Palas— del templo que Atenea tenía en Troya, se había quebrantado su fuerza y decaído su fortuna. Les dio señales la diosa de su enojo con prodigios nada dudosos: por tres veces resplandeció la estatua entre llamas y un sudor salado fluyó de sus miembros. Calcante vaticinó entonces que era forzoso que emprendieran la vuelta a la Hélade para hacerse de nuevo con la ayuda divina que portaron antaño. Para

poner por obra su huida, resolvieron construir una ofrenda de madera que aplacara la cólera de su antigua valedora. El adivino ordenó que fuera monumental y se alzara cara al cielo con el fin de que no pudieran acogerla las puertas de Troya, porque, en caso de adentrarse en sus muros, ganarían los troyanos para sí el amparo de aquella en quien tenían los griegos todas sus esperanzas.

Una vez que estuvo presto el caballo con su armazón no dejaban de resonar las nubes en el cielo y de zumbar los vientos contrarios, y seguían los videntes observando signos perturbadores. Consultado por ello, un oráculo dio la amarga explicación: «Con sangre de una muchacha impúber aplacasteis a los vientos para arribar a la costa troyana. Es fuerza que con sangre de un alma helena obtengáis vuestro regreso».

Al llegar este mensaje a oídos del común de los griegos, la desazón corrió por el campamento y se desató un alboroto. ¿Quién sería el designado por el destino? ¿A quién reclamaban los dioses? Aprovechó el de Ítaca para arrastrar al medio de la asamblea a Calcante y apretarlo para que denunciara que la voluntad divina exigía a Sinón como víctima. Nadie protestó porque, con el mal de otro, se libraba cada cual del suyo. Así fue como Ulises le infligió su última malicia e impidió que volviera a Eubea con noticia de sus arterías contra Palamedes.

—Escapé a mi destino escabulléndome innoblemente, lo confieso —acabó el griego su relato—. La voz de los heraldos mandó quemar las tiendas y la sólida cerca. Primero se hizo el incendio en buen concierto, pero después el ímpetu del fuego resinoso llevó el campamento al desorden. Apenas

vi a mis captores olvidados de mí por un momento, escapé a los cañaverales para ocultarme hasta que todos los barcos se hicieran a la vela.

Todo eso explicó Sinón para referir la tumultuosa noche que había tenido lugar en el campamento griego. Príamo había atendido a sus palabras con gesto de piedad.

—Olvida la maldad de la que has escapado. Siempre serás nuestro amigo —le dijo. Después ordenó que recibiera un manto para cubrirse las heridas y dejó encargado que lo llevaran a la ciudad para alimentarlo y sanar sus heridas. Rápidamente dispuso Deífobo que así se hiciera.

Permanecieron los caudillos troyanos reunidos en torno al monumental caballo, meditando sobre la historia que habían oído. ¿Qué debían hacer con aquel obsequio ritual? El jefe Capis fue el primero en alzar la voz para declarar lo que estaba en su ánimo:

—Este monstruo de amargo terror es obra de los odiosos aqueos. Yo digo que le prendamos fuego por debajo y que dejemos que lo devoren las llamas.

—¡Destino fatal que estaría aguardando a nuestros nietos! —replicó al instante el caudillo Timetes—. Deberíamos llevarlo a la ciudad y emplazarlo en la ciudadela a la vista de todos para celebración perpetua de nuestra victoria.

—¡Sería también el recordatorio de nuestros dolores!

—Es el símbolo de la cobardía de los helenos y la oportunidad de ganar para Troya a la sabia Atenea.

Oyendo tales razones enfrentadas, se encendió la multitud con fervor. Unos clamaban por que se arrojase al mar o se quebrase con hachas aquella ofrenda que hallaban aborrecible, mientras que otros, los más piadosos, aconsejaban llevarla al

templo de Atenea en la ciudad y pedir a la diosa su protección. Afanosos, se dividían los troyanos entre ambos pareceres.

Viendo las voluntades tan tornadizas, se adelantó indignado en lo más profundo Laocoonte, el más destacado sacerdote de Apolo. El dios flechador los había favorecido en la guerra sin cejar siquiera cuando Zeus omnipotente le había forzado el brazo, y ahora, al ver el final de sus penurias, le daban la espalda para humillarse ante quien les había buscado la ruina enconadamente.

—¿Qué enorme insensatez decís, desventurados? —bramó, saliendo al círculo de jefes—. ¿Pensáis que hay dádiva alguna de los aqueos que carezca de insidia? ¿No recordáis a Ulises? Bien puede ser este ingenio una máquina de guerra fabricada contra nuestras murallas para lanzarse de lo alto a nuestras casas. No os quepa duda, troyanos, de que cela alguna treta. Yo temo a los griegos incluso cuando traen regalos.

Con el rostro encrespado por el enojo, Lacoonte le arrebató la lanza a un guerrero y disparó con poderoso impulso al costado del caballo. El arma se clavó duramente en la madera y quedó hincada, temblando. Sacudido el vientre por el golpe, resonaron huecas sus cavidades interiores. Los troyanos contuvieron el aire en sus pechos, pues temían en sus adentros que estallara de súbito la ira divina y los fulminara allí mismo. En cambio, vieron que se iba disipando la vibración de la lanza hasta quedar inmóvil y en silencio. Como no sobrevenía ninguna reacción adversa, el alivio corrió entre sus filas.

Fue el buen Príamo quien zanjó la discusión, alzándose de su banqueta, con lo cual se ganó la atención de todos, pues su mera mirada imponía a los troyanos el mayor de los respetos. Se acercó al sacerdote con gesto disgustado.

—Ninguna mano mortal debe atreverse a violar la propiedad de los dioses.

Se apagó al punto la furia de Laocoonte, que súbitamente se investía de humildad.

—No te falta razón, venerable padre de la patria. Pero no puedo dejar de pedirte que no creas las palabras que nos ha relatado el griego, puesto que parecen inventadas por el mismo Ulises. Permíteme, soberano nobilísimo, que sacrifique un toro para saber el parecer de los dioses.

—Elige una víctima y prepara el altar —respondió el rey sin dudarlo—. Le parece igualmente a mi juicio que es lo preciso en esta ocasión.

Entonces dirigió a su carro los pasos agotados.

∞∞

La luz del cielo cambiaba con el paso de las nubes en lo alto del cerro, junto a la playa calcinada, de modo que el lazo que colgaba de la cornamenta del animal a veces parecía blanco y otras amarillo. Con grandes sogas lo sujetaban fuertes guerreros ante el sacerdote, asistido por sus dos hijos. A su espalda, los contemplaba una multitud de soldados y ciudadanos. Más pronto que tarde, los troyanos todos se habían echado a la llanura para ver el fortín devastado de los aqueos.

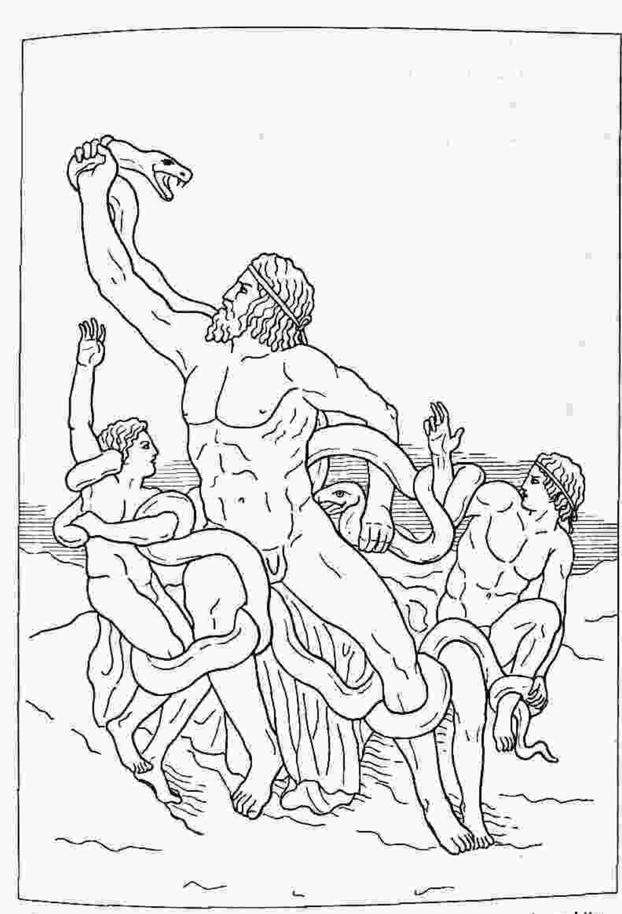
Tomando la sal y la cebada que le alargaba su hijo Antifante en una bandeja, Laocoonte lanzó al trípode primero un puñado y luego el otro. Luego Timbreo, su otro hijo, le entregó el hacha, que él tomó por el mango con ambas manos. Avanzó el sacerdote entonces hacia la víctima con el arma sacrificial. Conocía a los toros y sus castas y cómo descabellarlos a la primera sin errar. Descargando

el hacha con todo su peso, le partió al instante el cuello al animal, que cayó de rodillas con un mugido horrendo y el lomo bañándose con la sangre que resbalaba como un arroyo hacia el suelo. Una vez hubo expirado la víctima, el sacerdote cambió el hacha por el cuchillo sacro y, con él, comenzó a despojarlo de la piel y la grasa.

Con la atención puesta en el ritual, nadie se percató de que, desde la isla de Ténedos, que se hallaba justo delante, se veían venir por el mar dos criaturas que, hermanadas, iban nadando de camino a la costa. Las rojas crestas sobresalían entre las ondas, mientras el resto del cuerpo se deslizaba en enormes espigas ondulantes sumergido en las olas. El mar espumeaba a su paso y, cuando llegaron a tierra, se pusieron a mirar en derredor con los ojos ardiendo, las vibrátiles lenguas lamiendo los belfos silbantes. Eran dos monstruosas serpientes de roscas gigantescas.

Al punto que las avistaron los troyanos reunidos en torno al sacrificio, el terror heló el meollo de sus huesos. Echaron a correr pálidos como la muerte, pero Laocoonte siguió en el altar con sus hijos ofreciendo el sacrificio, convencido de tener la protección de su dios. Poco tiempo tuvo de lamentar su equivocación. Rápidamente las serpientes ondularon sus cuerpos hasta el altar. Enroscándose una alrededor del tierno cuerpo de Antifante y la otra de Timbreo, los ciñeron en sus anillos y los estrujaron poderosamente hasta la muerte mientras se cebaban a mordiscos en sus miembros con sus dientes ponzoñosos.

A los gritos de las víctimas, acudió el padre con el cuchillo desnudo, pero los monstruos lo encadenaron en sus ingentes anillos y, presionándolo entre ellos, lo arrebataron



Unas monstruosas serpientes estrujaron los cuerpos de Laocoonte y de sus hijos.

del suelo. Envolvieron dos veces su tronco y plegaron sus lomos escamosos otras dos alrededor de su cuello. Sus cabezas sibilantes, bien erguidas, sobresalían por encima del cuerpo de Laocoonte, cuyas ropas sacerdotales destilaban ya sangre y negro veneno. En vano forcejeaba él por desatar aquellos lazos con toda la fuerza de sus manos. Alzando la mirada al cielo, lanzó un horrendo grito, igual al que había proferido el toro al recibir el hacha en el cuello.

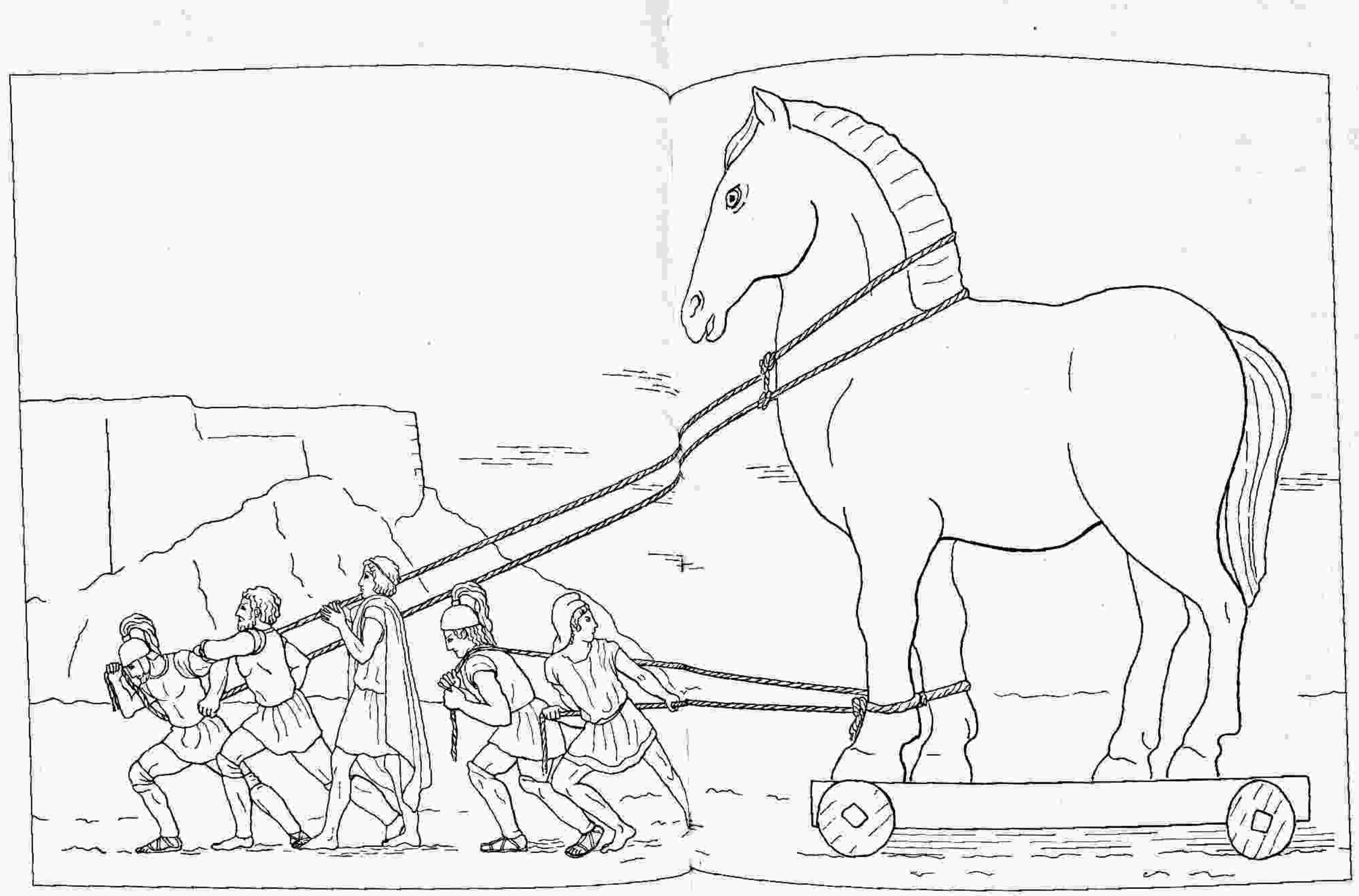
Calmosamente devoraron los animales gigantes la carne y los huesos del sacerdote y sus dos hijos, hasta que no quedó el menor rastro de ellos. Después se arrastraron en amplias sinuosidades cerro abajo y reptaron por los vestigios del campamento hasta el ágora, donde se hallaba el caballo. Se enroscaron en torno al altar de Atenea y allí quedaron dormitando, satisfechos de su festín, mientras corrían los troyanos, presa del pavor, de vuelta a la ciudad con la noticia del horrible suceso: verdaderamente el sacerdote impío no había escapado de la ira de la diosa.

4

La nave ecuestre

Tras haberlo atado con dorsales de piel de buey para proteger la madera, los troyanos arrastraban el don de los helenos por la llanura con sogas de cáñamo bien trenzadas, al ritmo de la melodía que, al unísono, entonaban las flautas y las liras delante de ellos. Recogiendo del Escamandro flores empapadas de rocío, las troyanas trenzaban coronas que luego repartían entre la muchedumbre. Doncellas y casadas giraban en torno a la imagen con cantos y danzas e iban tendiendo un tapiz de pétalos para marcar el camino. La tierra gruñía bajo las ruedas y los ejes de hierro, al frotar con la madera de la base, gemían con bronco ruido. Rechinaban las juntas de los cables y las cuerdas espirales, tensas todas ellas, despedían negruzco humo. Un griterío de esfuerzo se levantaba entre la multitud de alegres ciudadanos y fuertes soldados que arrastraban el caballo.

Durante toda una agotadora jornada siguió la deslumbrante ofrenda su avance por el camino que pasaba sobre el



Los troyanos arrastraron la deslumbrante ofrenda durante toda una jornada.

río y atravesaba a todo lo largo la llanura en busca de las murallas de Troya. Cuando las puertas Esceas ya estaban la vista, a nadie escapó que las jambas eran demasiado estrechas para su paso. Rápidamente llegó la orden de que ensancharan el acceso los zapadores del rey, a los que se unieron apresurados artesanos con sus picos y toda suerte de ciudadanos en la tarea de retirar los escombros.

Cuando estuvo frente a las puertas, una anciana salió al umbral, donde hizo saltar la tapa de una tinaja y derramó vino aromático mezclado con dorado azafrán para perfumar la tierra. La efigie atravesó el acceso saludada por un clamor que coincidía con la algarabía de los niños y la voz de la vejez. Subidas a los tejados de las casas, las mujeres desataban de sus túnicas hiladas bandas de colores y las lanzaban a modo de flores textiles al cuello para coronar el animal cuando pasaba. Como aves migratorias que en grupo vuelan por los aires y trazan círculos, así los troyanos, entre gritos y tumulto, remontaban las calles en torno a quienes remolcaban la ofrenda, con la guardia despejando el camino y allanando el terreno. Ya se trabajaba colina arriba para agrandar también las puertas de la ciudadela, porque el templo de Atenea estaba en el interior del último baluarte.

Al llegar allí y pasar bajo el dintel, se atascó el animal una vez. Los troyanos recularon para encararlo mejor y volvieron a tirar con fuerza de las maromas, pero quedó encajado de nuevo en la puerta. Hasta cuatro intentos se llevaron a cabo, en el transcurso de los cuales algunos de los que estaban más cerca oyeron tintinar el interior como si contuviera quién sabe qué tesoros tal vez fabricados de oro. Los picos se afanaron con premura para agrandar la brecha.

Al punto en que hubieron acabado, la muchedumbre se puso a volver a tensar las maromas, pero en ese momento apareció calle arriba la adivina Casandra, hija de Príamo, que venía del templo de Apolo, de quien era sacerdotisa, agitando el laurel sagrado. Chillaba llena de turbación cual novilla picada por un tábano, brumosa su mirada y con las ropas desarregladas, sin preocuparse de haber abandonado el pudor virginal para escarnio de sus familiares y de sus conocidos. Deteniéndose ante el caballo para impedirle el paso, se dio repetidos golpes en el cabello y en el pecho, y gritó con voz demente:

—¡Necios que vais en desfile enguirnaldando este engendro enemigo, festejáis el último día de nuestra vida! ¡Qué desgracias vais a sufrir, desdichados, si no lo rompéis con hachas o lo quemáis con fuego, porque no es para Atenea, ni para Apolo, ni para ninguno de los dioses que nos protegen, sino para las erinias, que quieren vengarse en nosotros del matrimonio adúltero de Helena! ¡Ay de ti, ciudad de mis antepasados! ¡Pronto serás ligera ceniza! ¡Dentro de los muros rodará purpúreo un mar de sangre derramada y una ola de muerte!

Así dijo, pero nadie le hizo caso, sino que fueron a buscarla los soldados de la guardia y se la llevaron sin miramientos a lo más profundo de sus dependencias, porque ya nadie la respetaba, sino que la tenían por una charlatana demente. De mal agrado se vio arrastrada ella, llorando al ver ya el fuego asaltante sobre las murallas de su condenada patria.

Condujeron los troyanos el caballo hasta la plaza que se abría frente al templo de alto techo consagrado a Atenea en la acrópolis, donde al fin lo dejaron reposar tras el largo

camino. Bajo la mirada esplendente del animal, quemaron los sacerdotes hermosas víctimas sobre pulidos altares esperando que las columnas de humo llevaran a los inmortales el aroma de la grasa.

La luz se fue apagando y las sombras se echaron sobre los altos muros, al tiempo que flautas y siringas, danzas y canciones alborotaban por doquier en medio de voces confusas. La ciudad entera estaba henchida de alegría y las plazas se anegaban de gentes gozosas, aliviadas al fin de sus congojas porque los dioses las habían indultado, sedientas de celebración. Salía de las despensas la sabrosa carne que se había estado atesorando para la última defensa, sin interrupción se iban llenando las copas de vino extraído de tinajas ocultas bajo el suelo de casas y mansiones, se vaciaban una tras otra al instante sin freno.

Hasta pasada la medianoche estuvieron los troyanos entregados al bullicio, comiendo, bebiendo y bailando hasta quedar extenuados de cansancio. Fueron deteniéndose las cuerdas de las liras y, fatigadas, yacieron las flautas. Algunos iban cayendo en la embriaguez y otros se abandonaban al bien merecido sueño. Copas, cuencos y cráteras, derramándose ellos solos, se caían de las manos que colgaban. Aturdida Troya en su alborozo, se abandonó en brazos del sopor y fueron pocos los centinelas que quedaron despiertos. La ciudad se cubrió de silencio bajo la luna llena, que congelaba con su faz de hielo el resplandeciente firmamento.

El griego Sinón se alzó entre los comensales, hondamente adormecidos, que había invitado a su casa el médico del rey que le había tratado de sus heridas. En eufórico banquete había festejado como uno de ellos, y después quienes no

habían vuelto a sus hogares se habían recostado allí mismo. Caminando sigilosamente como un felino, abandonó la casa el heleno y se deslizó por las calles de la ciudad, sumidas en tan pesado sueño que no se oía ni el ladrido de los perros.

Al otro lado de la planicie, más allá del río, un guerrero griego escudriñaba en la lejanía la aglomeración informe de casas planas, desparramadas en ascenso hasta la acrópolis, que bañaba de luz mortecina el disco plateado, entero en el cielo. Cuando distinguió, suspenso en el aire, el resplandor rojizo de una antorcha en lo más alto del palacio de Príamo, se alzó al punto y se fijó con atención en sus movimientos. Describía círculos primero a un lado y luego al otro, como estaba pactado para diferenciarla de las antorchas que lucían por toda la ciudad. No bien certificó que era la señal convenida, le dio la espalda el joven y se precipitó a toda prisa por la pendiente que descendía hasta el fondo de la vaguada.

Abajo, protegida a la vista por el desnivel, ardía una pequeña fogata ante la cual se calentaba las manos un arquero de espaldas macizas. Apenas vio que el otro venía corriendo, se levantó también y tomó una flecha clavada en el suelo que tenía muy grueso el astil y una longitud extraordinaria, parecida a un venablo. Con el cabezal metálico más largo que las saetas usuales, mostraba la punta envuelta con un grueso revestimiento de tela, que el arquero hundió en un cubo de brea y empapó a conciencia, dándole vueltas. Después, al contacto con el fuego, la negra ponzoña prendió con rapidez.

Nerviosos se sacudían bajo la luz plateada los ásperos matojos que recubrían el túmulo de Aquiles con una huella de vida que, en aquel espacio de muerte, erizaba los cabellos a

los vigías. Por ello suspiraron con mayor desahogo al avistar el arco flamígero que se dibujaba en el cielo de la noche, por encima de los bosques de la ribera oriental del Escamandro. Entonces corrieron a la vertiente del promontorio que daba al mar, donde, protegida por un parapeto, aguardaba la hoguera a recibir la tea resinosa.

La brisa salada silbaba entre las maromas y las hacían tamborilear contra los mástiles del navío de Agamenón. El lejano fuego de señal arrancó y elevó sus llamas en las oscuras pupilas, lúgubres como la noche misma, del pastor de hombres, que oteaba el promontorio del túmulo de Aquiles subido a la proa, la larga cabellera agitándose al viento. A la orden de su mano, se recogió el ancla y se desplegó la inmensa vela blanca para la vista de todos, y luego los remos rizaron fieras espumas en la negritud de las aguas. La nave capitana se lanzó adelante, presurosa, arrastrando tras el brillo de su paño a todos los barcos que ya estaban en el mar, a la espera frente a la costa de Ténedos. Durante las primeras horas de la noche habían ido manando por cientos en toda la isla los curvos bajeles helenos que se habían ocultado en la espesura, en recovecos impensados en playas y radas sustraídas a la vista del continente, y pronto habían invadido el breve trecho que distaba de la costa henchidos de guerreros revestidos de bronce, imponentemente armados, ávidos de destrucción.

∞

Tenues resonaron en la madera y fueron transmitiéndose por toda la estructura los leves toques convenidos. En las entrañas del caballo, Ulises aflojó las correas que lo sujetaban a un puntal del armazón para no dar vaivenes cuando la nave

ecuestre se desplazara. Lo secundaron todos los demás, liberando sus trabazones y estirando pies y manos para apoyarse a duras penas en los travesaños, impacientes por salir. Ya el de Ítaca había escalado junto al habilidoso constructor Epeo hasta el techo y entre los dos movían con sigilo los tablones que, deslizándose, descubrían una abertura en la grupa de la figura imposible de distinguir desde fuera, puesto que las piezas seguían la disposición de todas las demás y estaban niveladas de manera semejante. Habiendo abierto la portilla, Ulises sacó un poco la cabeza y miró en todas direcciones.

Abajo, junto a los cascos del animal, el falsario Sinón se apartó al ver abatirse desde lo alto las sogas larguísimas por las que descenderían los suyos. El primero en intentarlo fue Equión, hijo de Porteo, sin embargo, como tenía los miembros insensibilizados después de las horas de encierro y tensión y le devoraban las ganas de llegar al suelo, se lanzó por la cuerda demasiado aprisa, resbaló y se quemó las palmas de las manos. Entonces no fue capaz de seguir aferrándose y cayó a peso. Se estrelló contra el suelo en una posición deforme. Al llegar Sinón junto a él y tomarlo entre los brazos, la cabeza se le desmoronó hacia atrás, partidas las vértebras del cuello. El funesto accidente sirvió de aviso a los demás para que extremaran la prudencia.

Igual que salen volando las abejas para libar fuera de una encina en cuyo tronco urden con arte oculto su colmena, se deslizaron fuera del caballo los más distinguidos entre los helenos por la audacia de su ánimo y la fortaleza de su mente, los héroes más temerarios, los únicos que se habían atrevido a ir al encuentro del tenebroso futuro dentro del vientre del caballo. Bajó por las cuerdas Neoptólemo, semejante a un

potro que se lanzara por la llanura húmeda de rocío, acompañado de Filoctetes, el de poderoso brazo. Los siguieron dos argivos que se contaban entre los epígonos, aquellos que habían vuelto a Tebas para vengar a sus padres: Diomedes, hijo de Tideo, y Esténelo, hijo de Capaneo. Pronto saltó el ágil locro Áyax, seguido de Acamante y Demofonte, hijos los dos de Teseo, que venían en busca de su abuela Etra, sirvienta de Helena. A su zaga fue, como siempre, pues no dejaba de vigilarlos, el rey ateniense Menesteo, que había derrocado al padre de los dos hermanos. El canoso rey de los cretenses, Idomeneo, y el vigoroso Trasimedes, hijo de Néstor, iban detrás. Tampoco faltó el adivino Calcante, que conocía los presagios que habían de arrollar la ciudad troyana. Ayudado por Ulises y Epeo, bajó encordado con precaución. Luego, al descender el propio rey de Ítaca, estrechó entre sus brazos a Sinón, que era su primo y portaba la locuacidad en la sangre. Entre todos estos guerreros y otros que también parió el caballo, se abrió paso al final Menelao con aire de lobo hambriento que acechase la majada entre los matorrales, pues su rudo corazón ardía en deseos enajenados de encontrar a su esposa.

Sabiendo cada uno cuál era su misión, blandieron las lanzas y desnudaron las espadas. Ya se disponían a salir corriendo cuando el de Ítaca los detuvo para llamar su atención un momento.

—Recordad lo prometido —dijo hablando con voz susurrante—: a quien no ofrezca resistencia se le perdonará la vida.

Hubo algunos que asintieron, pero tuvo que admitir Ulises que lo hacían tibiamente y que los superaban aquellos que ni siquiera respondieron. Se los veía enardecidos por hallar la ciudad hundida en sueño y vino, con un salvaje impulso palpitando en sus venas. Un sentimiento lóbrego ensombreció el corazón del itacense. A la señal de Menelao, se dispersaron, silenciosos, por las calles iluminadas por la luna.

◇◇◇

Cabeceaba el centinela apostado en lo alto de la torre de Ilión, la primera de las dos que protegían las puertas Esceas, soñoliento y también un poco molesto por que su turno de guardia le hubiera impedido reunirse con su joven esposa, que estaba encinta, para participar de la juerga. Con todo, se las había apañado ella para hacerle llegar una jarra de vino, sabedora de que el jefe de la guarnición estaba ausente, entregado a la fiesta. El precioso don de Dioniso era el motivo por el cual ahora lo confundía la noche. La contemplación a la luz opaca de la llanura moteada de sombras inmóviles —matorrales, arbustos, rocas desnudas— le producía una somnolencia abrumadora y se le cerraban los ojos, no podía evitarlo. Entonces el peso de la lanza al escapar de sus manos o del casco cuando se le llevaba la cabeza, lo espabilaban y lo ponían de nuevo en movimiento en su ronda.

Había sido imprudente. ¡Ojalá hubiera sabido prescindir del vino! Los zapadores habían vuelto a recomponer la puerta, pero la noche había interrumpido los trabajos, y, mientras no se reemprendieran al día siguiente, lo cierto es que las grandes hojas no encajaban y a duras penas se aguantaban en las maltrechas jambas. Así razonaba para justificar la necesidad de no bajar su atención cuando se descubrió volviendo a cabecear contra una almena.

Maldijo para sí y quiso ponerse de nuevo en camino, pero no pudo reprimir un bostezo. Fue en ese momento, con los

ojos entornados y humedeciéndose, cuando le pareció que las sombras se revolvían a lo lejos, en la linde de los bosques ribereños del Escamandro. Se pasó la mano por la cara en un intento de alejar el amodorramiento. Después recorrió con ojos escrutadores el horizonte, pero nada había que ver. Todo eran volúmenes grises más o menos oscuros, un juego de contrastes. El viento que azotaba el llano debía de estar agitando las copas de los árboles, se dijo el centinela. A semejante distancia y con tan poca luz era imposible vislumbrarlo, sencillamente creía verlo porque era fácil imaginarlo. Sí, parecía que se movían las sombras, que el bosque se estremecía, aunque lo más probable era que él necesitase un buen sueño.

Fue a apoyar la pica en la piedra cuando llegó hasta la terraza de la torre el aroma seco, picante, de la madera al fuego, el mismo que el de las muchas hogueras que habían saturado el aire durante toda la velada. Se volvió hacia la ciudad por curiosidad, sin prevención, pues daba por seguro que aquel olor indicaba solo que aún había alguien que continuaba el festejo. Pero entonces vio el resplandor de un fuego que arrancaba a arder en medio de la aglomeración de casas. Ya se levantaba el clamor de los vecinos al despertar con amarga sorpresa y huir del incendio. No sonaba la campana de alarma, lo cual estaba fuera de lo normal. Atónito, presenció el centinela desde su soberbia atalaya que un segundo fuego se encendía más lejos y luego un tercero en otra parte, y luego otro más. Aquí y allá iban estallando en llamas los árboles de las plazas, los pórticos del mercado, los techados de los lavaderos, y rápidamente prendían también las casas más cercanas.

Buscó con desconcierto a sus compañeros de la muralla. No había nadie. Cuando se volvió hacia la segunda torre,

comprendió lo que pasaba con la velocidad del rayo, pero ya no servía de nada porque era demasiado tarde. Habiendo sorprendido al otro centinela por la espalda, un griego le pasaba el filo de la espada por el cuello y la sangre manaba a borbotones y le bañaba el pecho. Oyó resonar el bronce en la portezuela de la terraza, a su espalda, y, al volverse, pudo ver el rostro fiero y salpicado de rojo del hombre que había subido a matarlo. No le dio tiempo de oponer su lanza. Ya su atacante se echaba sobre él y le apartaba del brazo el arma, mientras su espada, en la diestra, hallaba la rendija lateral de su coraza. Sintió el mordisco inhumano de la punta, un dolor incisivo que le vació los pulmones de aire y el cuerpo de toda fuerza. Desplomándose sobre el otro, notó su empuje y se vio llevado con vigor irrefrenable hacia el borde del parapeto, alzado del suelo, precipitado entre las almenas. Ya no había fuerza alguna que lo sujetase ni percibía el firme apoyo del suelo, sino que silbaba el viento en sus oídos, se alejaba la terraza, pasaba a su lado la pared de la muralla. Creyó que le estallaban los ojos y se le salían los sesos por los oídos cuando dio contra el suelo. Un tormento glacial corrió, rotundo, por todos sus huesos y requemó sus entrañas. Jadeaba, se le encharcaba la vista. Pudo oír todavía el chillido de los goznes de bronce y el crujido de la madera. Se derrumbaron hacia delante las hojas de las puertas Esceas, arrancadas de cuajo, y resonaron tal como la caída de un lucero al estrellarse en la tierra, alzando una nube de polvo.

Lo último que vio el centinela antes de que se le nublase la conciencia fue que las sombras en verdad se movían en el llano y salían a la luz de las antorchas de la muralla, y que no eran imaginaciones suyas ni eran arbustos ni eran rocas, sino

que eran las huestes enemigas, que se echaban sobre la ciudad. Su alma volaba ya al reino de Hades para reunirse con todos los caídos en la guerra cuando al fin, al cabo de diez años, los helenos, ebrios de furia conquistadora, irrumpieron en Troya como una marabunta desquiciada.

∞

Con tumulto asesino corrían los invasores por las calles y a su paso las iban empedrando con cuerpos recién muertos. Volaban los tizones hacia el interior de las viviendas de modo que pronto las llamas bailaban por encima de los tejados. Al salir los moradores despavoridos recibían lanzadas que los derribaban o azotes de espada que los degollaban o desparramaban sus entrañas sobre la tierra. En las casas grandes y ricas, los griegos entraban reventando puertas y ventanas para cubrir de muerte a los ocupantes todavía en el lecho.

Con el corazón pesado por el dañoso vino, los troyanos intentaban la huida en horrenda confusión. A quienes pretendían salir por las puertas, los traspasaban rápidas flechas. Otros se apresuraban a correr y caían sin darse cuenta desde los pisos altos, por las muchas escaleras, por las pendientes de las montuosas travesías. Hubo quienes se vieron acorralados en patios, rincones o lugares sin salida y acabaron allí amontonados unos sobre otros. Gentes medio muertas o mutiladas se arrastraban por entre los cadáveres, resbalando sobre la sangre.

Los gritos de dolor y las lamentaciones aterradas de mujeres y niños retronaban por toda la ciudad mezclándose con los alaridos de los animales asustados. Oyendo los gemidos desgarrados de sus vecinos, muchas familias ascendían a lo

alto de los tejados de sus casas, donde las esposas, sedientas más que nunca de libertad, ofrecían para la muerte los cuellos a sus desgraciados maridos o gemían sobre sus queridos hijos como ligeras golondrinas. Muchas de las que llevaban en su seno hijos inmaduros e incapaces aún de respirar se lanzaban desde grandes alturas para no tener que atestiguar el destino insoslayable de sus criaturas.

Los griegos no tenían miramiento alguno, porque les excitaba el insensato látigo del disturbio, pero al mismo tiempo les velaba el razonamiento la propia rabia. Tanto tiempo había durado la guerra, tanto habían perdido ambos bandos en ella que nadie se salvaba de la agonía. Ni siquiera a los ancianos estuvo en el ánimo de los invasores perdonar. Cayendo postrados en el suelo con canosas cabezas y tendiendo sus brazos suplicantes, recibían la más ultrajante muerte. Ni los niños más tiernos, que de ningún delito sabían, fueron indultados tampoco, sino que los arrancaban de los senos maternos y allí mismo pagaban por sus padres, que enseguida los seguían. En poco tiempo la ciudad estuvo saturada de sangre y cubierta de cadáveres como peces derramados sobre las arenas marinas.

En la ciudadela, frente al templo de Atenea, humeaba la sangre entre los cuerpos de los guardias tendidos alrededor del infausto caballo. Ni siquiera en su huida ningún troyano osaba acercarse a la mole, que no podían mirar sin que el pavor les erizara los cabellos. En torno a la plaza las llamas se elevaban a enorme altura, los edificios incendiados se derrumbaban, quedaban aplastados bajo las ruinas todos quienes estuvieran adentro, helenos y troyanos. Sin embargo, el templo de Atenea permanecía intacto.

Con desespero golpeteaban los pies desnudos de Casandra contra la tierra cuando descendió por la vía que venía del palacio de su padre. Había acudido allí en busca de refugio después de que la liberara la guardia, pero los muros de Príamo estaban bajo asedio y ya prontos a ceder. Correteando como una liebre acosada, cayó en las escaleras del templo, con la blanca túnica hecha un desgarro y pegada al cuerpo por causa del sudor y la sangre ajena, los cabellos desmelenados, los ojos abrumados de indefensión. Detrás de ella, por la misma calle, apareció a la carrera el puñado de griegos que la habían avistado en su vagabundeo.

Como se le echaban encima con rostros encendidos, se apresuró la adivina maldita al interior del templo, pues, aunque fuera ella sacerdotisa del deslumbrante dios flechador, no osarían sus atacantes ir a buscarla al dominio sagrado de la potencia inmortal que les era propicia. No en vano era Atenea la diosa sin mancha, se dijo para sus adentros. Comprendió enseguida su acierto al comprobar, justo antes de desaparecer adentro, que los helenos se detenían medrosos al principio de las escaleras, salvo Áyax, el hijo de Oileo, que subió los primeros escalones sin pensar, y, sin embargo, también él, al advertir que los demás no lo seguían, se detuvo. Volviéndose hacia sus compañeros, vio el heleno que cruzaban miradas silenciosas y permanecían donde estaban.

Arrodillada ante la efigie de madera con la que los troyanos habían sustituido el Paladio robado, mostraba la adivina su agradecimiento por la protección de la diosa. Formas rojas arañaban la oscuridad del templo proyectando una danza frenética en el suelo y las columnas. Resonó en el alto techo el paso de unas sandalias que penetraban en el recinto y una

respiración agitada que luchaba por contenerse. Una sombra recia se proyectó sobre Casandra. Volviéndose, halló la muchacha a Áyax en la entrada y vio que avanzaba hacia ella con el gesto de un lobo rapaz entre la negra niebla. Rauda se levantó de su postración y subió la última escalinata para abrazarse, envuelta en llantos, a la estatua de Atenea. Pero no fue ese proceder piadoso suficiente para sofocar el arrebato del de la Lócride. Ardía la impudicia en sus ojos, un antojo trastornado por culpa de la barbarie que había infligido su brazo a sus semejantes con la sanción de la gloria. Subió a donde estaba la mujer que era objeto de su lujuria, echó las rudas manos al marasmo desgreñado que eran sus cabellos y tiró de ellos sin compasión. Casandra chilló víctima del dolor, que debilitaba sus miembros, y aun así siguió aferrándose a Atenea. Elevando la mirada hacia los cielos, indefensa, imploró su clemencia con las lágrimas bañándole el rostro, el cuello, el pecho. ¿Qué culpa tenía ella de que jamás los suyos hubieran escuchado sus advertencias? ¿No había intentado con denuedo hacerles ver a qué consecuencias llevarían sus alocados actos? ¿Cuándo había faltado ella a sus deberes con los dioses? ¿Cuándo se había desviado de lo prescrito? ¿Qué le reprochaban? ¿Por qué le infligían aquel tormento?

Queriendo arrancarla de una vez por todas, Áyax dio a su cabello un último tirón brutal, que, en lugar de doblegarla, hizo que la imagen de la diosa se tambaleara y pareciera que iba a venirse abajo. Entonces el griego se puso entre ambas y, alzando bien alta la mano, descargó en la cara descompuesta de Casandra una severa bofetada. Únicamente de ese modo pudo conseguir que la muchacha se soltara y se derrumbase rodando por la escalinata.



Casandra se aferró a la estatua de Atenea envuelta en llantos.

Tras bajar a buscarla, se la cargó al hombro como una oveja que llevara a trasquilar. Todavía entonces extendía ella sus brazos hacia la estatua y, retorciéndose dolorosamente, no dejaba de suplicarle, aunque como estaba ya terriblemente quebrantada, apenas le quedaba voz y no era capaz de emitir más que jadeos y de mirar fijamente a los ojos pintados en la madera. Mientras el griego se la llevaba hacia la salida, vio la adivina que la efigie, que había permanecido impasible hasta el momento, comenzaba a trepidar y, en resonancia, retumbaba el suelo todo del santuario hasta abrir una grieta en el techo de la que cayó un fragmento con estrépito. Creyendo el griego que el templo se desbarataba por efecto de los estragos en los edificios circundantes, apretó el paso para salir. Ya llegaba al pórtico con Casandra echada hacia atrás en sus brazos, cuando se detuvo el temblor y pudo apreciar la adivina que la imagen había vuelto los ojos hacia arriba, como si hubiera querido apartar la mirada. Al tiempo que la perdía de vista porque su raptor se la llevaba escaleras abajo, imaginó que allá arriba, en las moradas celestes del Olimpo, ardían de vergüenza las mejillas de Atenea por los desafueros que estaban cometiendo los helenos en Troya. Ella perdería la honra y tal vez incluso la vida, pero se aferraba a la esperanza de pensar que quizás aquellos crímenes impíos no quedarían sin venganza.

5

Arde Troya

Era la hora en que el don del sueño mecía más dulcemente a los pobres mortales, cuando a Eneas, en profundo reposo, se le apareció Héctor cual lo viera en otro tiempo, negro de polvo y manchado de sangre, cuando lo arrastraba por los pies el carro de Aquiles. La barba enmugrecida, cuajados de sangre los cabellos, vivas las heridas que recibió en derredor de los muros patrios, derramaba copioso llanto mirándolo a los ojos en ademán tristísimo. El gran héroe de Troya exhaló de lo hondo del pecho un gemido. Al oírlo no pudo Eneas evitar unirse a él en sus lágrimas, y, por la pura pena que sentía en el sueño, se despertó atormentado.

Le llegó entonces un fragor distante a través de la noche. Aquella mansión, la de su padre Anquises, estaba retirada de Troya en el camino a Dardania. Había tomado la previsión de trasladarse allí con su esposa Creúsa, hija de Príamo, y su hijo Ascanio en los últimos tiempos, cuando la guerra se

volvió más apremiante, porque su palacio dardanio se hallaba demasiado lejos. Salió de la cama sin la menor dilación para subir a la azotea. Desde la altura vio enseguida el resplandor por encima de los espesos bosques: ardía Troya allá lejos como si se hubiera abierto entre sus muros la boca del inframundo y Hades hubiera vertido en la superficie de la tierra los ríos de fuego que abrasaban su reino. Entendió el dardanio al instante que el caballo había resultado una trampa, aunque no sabía determinar en qué había consistido la perfidia de los griegos. Arrebatado por la urgencia, se precipitó a empuñar las armas y a tomar un caballo.

Galopó con el corazón que no le cabía en el pecho, más pesaroso a medida que se acercaba, pues iba alcanzándolo el ronco son del fuego fundido con un griterío de angustia. Buscando el camino más discreto, se dirigió a la portezuela de los cabreros. Era aquella una entrada pequeña e incómoda, porque se accedía a ella por un sendero empinado que serpeaba por el barranco que quedaba a la espalda de la ciudadela —la parte trasera de la ciudad— y se hallaba bajo la vigilancia de la torre del noreste, un poderoso bastión. Al llegar a los pies de la senda, avistó a la luz de la luna que acudían más guerreros de las afueras a la defensa de la plaza y bajó del caballo para hablarles así:

—¡Escuchadme, corazones valerosos! Ya veis qué suerte aguarda a nuestra causa: vamos a auxiliar una ciudad en llamas. Si no os parece honroso huir, seguidme hasta el último trance. ¡Solo una libertad les queda a los vencidos: la de sucumbir dañando al enemigo hasta el límite de sus vidas!

Bramaron todos los reunidos con pasión, alzando las armas al cielo. Después formaron compañía detrás de Eneas, se

apresuraron por el sendero y, una vez arriba, penetraron por la portezuela con avieso afán, semejantes a animales salvajes que, de regreso a su cubil, descubrieran a sus cachorros bajo la amenaza de un depredador traicionero.

Tropezaron con el primer contingente de helenos en los silos de grano, que estaban saqueando, y, a la orden de su jefe, cargaron en cerrada formación. En plena calle, en medio de casas y edificios, entrechocaron picas y espadas con broncíneas corazas y furias de guerreros en tropel desordenado. Como no los esperaban los invasores, se hizo la confusión entre ellos y rápidamente los desgarraron, todavía mudos, y sembraron el suelo de cuerpos sin vida. Pero había mucha tropa por todas partes y pronto llegaron refuerzos a presentar batalla, formando una imponente línea frente a los troyanos. Alzando la espada sobre la cabeza, se preparó Eneas para volver a lanzar a los suyos al combate, convencido ya de que en tan ciega lid no resistirían. No había dado la orden aún cuando empezaron a caer encima de los griegos vasijas y tizones, y más de uno fue derribado por pedradas que venían de las alturas. Mirando a los tejados, vio el dardanio que los vecinos habían subido a lo alto de sus casas a intentar una defensa desesperada. Vino corriendo por una bocacalle una turba de hombres y mujeres pertrechados con asadores, hachas e incluso hoces, y, sin plan alguno, se unieron a los guerreros. A la señal de Eneas, que corría el primero, se precipitaron al encuentro de la muerte. Vio henchido de orgullo el caudillo cómo, junto a lanzas y espadas, iban cayendo las brazadas de los segadores igual que en la recogida por el surco de trigo, aunque no cortaban la mies, sino que aniquilaban al enemigo con la certeza de que no habría día de mañana.

Entretanto, se enconaba el asedio al palacio de Príamo, que dominaba la colina erguido en la parte más elevada de un recinto muy espacioso, con patios y jardines y edificios anexos, protegido por un robusto murallón. Al tiempo que algunos de los asaltantes acometían contra la entrada del lienzo exterior con un grueso tronco a modo de ariete, otros acomodaban escalas al muro y, ascendiendo, oponían el amparo de los escudos a los dardos defensores que llovían de los tejados. Desde dentro los troyanos tumbaban a los escaladores con picudas astas. Cuando al fin estalló la madera de la puerta, se toparon los helenos con una avalancha de enormes calderos de bronce repletos de leños ardiendo, que, rodando por la rampa que bajaba del palacio, se los llevó por delante. Sin embargo, su potencia destructora también perjudicó la portalada, de manera que, toda entera, se vino abajo en medio de una turbia polvareda.

A las órdenes del jefe de la guardia, los troyanos se replegaron hacia la puerta del palacio, donde formaron para bloquearla. Gritaba el comandante palabras gloriosas para excitar su bravura, pero no pudo evitar que se hundieran los ánimos cuando entre los escombros y la humareda se abrió paso una figura prominente en altura y corpulencia. Con un lanzón largo y pesado en una mano y una afilada espada que rezumaba oscuros fluidos en la otra, violó el recinto real, primero que ninguno, el rey Agamenón de Micenas, de tostada piel y salvajes melenas, y todos percibieron que su ominosa mirada, llena de ambición, traía consigo la noche eterna de la muerte. Bien derecho y sereno, reconoció el perímetro de uno a otro lado y después levantó la lanza por encima de su cabeza. A través de la brecha a su espalda fueron manando por centenares y llenando el patio los implacables guerreros de su ejército, en cabeza de los cuales se distinguía su hermano Menelao por la agitación que le dislocaba el rostro y, a su lado, tan imberbe como sañudo, Neoptólemo de Ftía —de la simiente de Aquiles—, quien llevaba fijo en su ánimo el designio de socavar las firmes puertas de roble del palacio y descuajar los ejes de bronce de su quicio con la inmensa hacha de dos hojas que portaba en las manos. Chillando para que se mantuvieran firmes frente a la acometida, el jefe de la guardia preparó a sus hombres para la última defensa.

Dentro del palacio, gemidos y alboroto lastimero reverberaban en las elevadas bóvedas y en los largos corredores que visitaban los muchos tálamos de los hijos y las hijas del rey. Con paso tambaleante había acudido el anciano Príamo a la sala de los escudos. El blanco cabello enmarañado, los ojos hundidos en cuencas cárdenas, observaba sus armas de mozo, expuestas sobre un armazón en lo alto de un pedestal.

Alargando sus manos trémulas, tomó primero las bruñidas grebas de electro y se las colocó sobre los tobillos, ajustadas con fuertes correas. Después, alrededor del pecho se puso la dura coraza forjada en oro, cuya lumbre se veía arder desde lejos, igual que los rayos del sol. Cruzada a los hombros se echó la espada tachonada con clavos de plata. Tomó en las manos y sopesó el yelmo pavoroso, con su penacho de crines áureas que ondeaban cual raudal de llamas. Alzándolo, se lo caló en la cabeza, y a continuación sacó de un estuche la pica centelleante. Probó a blandirla adelante y atrás para ver si sus miembros debilitados todavía le permitían moverse con sus armas. A pesar de la edad y del largo tiempo sin usarlas, le parecía que le sentaban como alas y en volandas lo elevaban.

Lucía frente a él ya únicamente el enorme y compacto escudo, cuyo trabajo de forja contaba labrada la historia de Troya. Estaba allí todo el linaje de Dárdano, hijo de Electra, una de las Pléyades, y de Zeus omnipotente, que, haciéndose familia del rey Teucro, tuvo como hijos a Ilo y a Erictonio y fue abuelo de Tros. Todos los grandes soberanos y sus triunfos se mostraban cincelados. Pasando las yemas de los dedos sobre las figuras, gozó Príamo con el recuerdo de esos hechos, y así le fue más ligero cuando luego cargó en su débil brazo la gloria de sus antepasados.

En ese momento llegó su esposa Hécuba con las hijas que habían permanecido en palacio. Cuando lo reina lo vio preparado para la lucha, lo tomó del brazo.

—¿Qué ocurrencia te impulsa, marido mío, a ceñirte estas armas? ¿Dónde vas a lanzarte tan deprisa? Ven conmigo, retirémonos al altar de Zeus, porque es el padre de nuestra estirpe y él nos concederá amparo.

Conducido por sus mujeres, arrastró sus pesados pasos el viejo monarca hasta los jardines de levante, los más alejados de la entrada. Allí, al fondo de un hermoso verdor, se alzaba el altar de Zeus encima de un podio que un vetusto laurel cubría con sus ramas. En aquel sagrado lugar hizo Hécuba que se sentara el rey, semejante al mismísimo señor celestial con sus espléndidas armas de antaño.

Se apretujaban sus hijas y su esposa en torno a él lo mismo que palomas caídas del cielo ante una negra tormenta mientras oían el hórrido estruendo del bronce que se aproximaba por los pasillos, las carreras, los golpes y destrozos, los chillidos. Pareciendo la crecida de un río espumante que abatiera sus contenciones, inundaron el jardín por todos los accesos

los griegos en combate con la guardia palaciega. Así tuvieron que ver los reyes y las princesas la matanza de sus defensores, arrasados por el aluvión rugiente del furor enemigo.

Escapando de Neoptólemo, salió del fragor de la lucha el príncipe troyano Polites, conocido por su rapidez, y corrió al encuentro de sus padres volando sobre la hierba gracias a su don singular. Un dardo le atravesó la pantorrilla y lo derribó. Con el aire detenido en el pecho, se alzó Príamo de su asiento, en tanto que la madre y las hermanas alargaban los brazos hacia el muchacho. A pesar de la herida, Polites siguió arrastrándose para alcanzarlos. Neoptólemo se separó del tumulto para ir en su busca, pero como vio que ya llegaba al altar, arrebató la jabalina de un soldado caído y, de un disparo exacto, se la clavó en la espalda. Vertió la vida Polites tendido en los escalones, delante de los suyos, que se deshicieron en quejidos. Furioso seguía su camino el hijo de Aquiles hacia el altar de Zeus.

Como Príamo comprendió que iba a buscarlos, en lugar de arredrarse, bajó junto al cuerpo de su hijo y, plantándose delante para protegerlo de mayores ultrajes, no frenó su ira ni detuvo su voz.

—¡Si hay justicia en el cielo, te recompensarán los dioses como mereces por tus acciones! No procedió tan horrendamente el celebrado Aquiles, de quien tú sin verdad blasonas ser nacido. Le avergonzó violar el derecho del suplicante y por ello me devolvió el cuerpo exangüe de Héctor y me mandó a mi reino sin causarme daño.

Hablando así, arrojó el anciano su lanza con un tiro falto de brío que rebotó con sordo estridor en el escudo de su oponente y se fue al suelo, inofensivo.

—Entonces te ruego que se lo cuentes a mi padre —replicó el griego, desenvainando la espada—, y que no dejes de relatarle cuán indigno de él es su Neoptólemo cuando acuda ahora a recibirte.

Llegó hasta el anciano, lo tomó del cuello de la coraza y, con un tirón nefando, lo arrastró de regreso al altar, donde le imploraban compasión con desespero las mujeres. Ignorándolas, lo puso de rodillas, le arrebató el casco y luego se enroscó sus cabellos en la mano izquierda al tiempo que alzaba con la derecha el filo centelleante. Hécuba se echó a los pies de su marido y ululó alaridos inhumanos; las princesas chillaban con tanto desgarro que ascendía el griterío a las gélidas estrellas. Aún en su momento final miró Príamo con ojos clementes a su asesino, sintiendo lástima por él, y murmuró:

—Ningún padre debería ver la muerte de su hijo.

Se hundió el metal punzante en el pecho del soberano, entrando por la clavícula. De la herida brotó un caudal espeso cuando luego salió la espada, y con ese movimiento se le fue el alma al rey de Troya volando al mundo de las sombras. Pero, no satisfecho todavía, el homicida volvió a alzar la espada y después la bajó con tanta fuerza que, de un solo golpe, separó la cabeza del tronco y cayó este por los escalones.

Al mismo tiempo que acontecía este hecho luctuoso, dos guerreros helenos se habían separado de los demás para recorrer la mansión real toda por dentro. Con los ojos inflamados, semejante a un lobo de afilados dientes, inspeccionaba el rey de Esparta, acompañado del de Ítaca, sala tras sala en busca de su esposa, a la que llamaba a voz en grito, e iban los dos descargando su ira sobre cuantos troyanos rezagados hallaban. Así fueron abriéndose a su vista los largos pasillos



Neoptólemo desenvainó su espada dispuesto a atacar al indefenso rey Príamo.

del palacio, las habitaciones de príncipes y princesas, las cámaras del soberano y las de los reyes de otros tiempos, con sus usos ceremoniales. Ya llegaron al pórtico del gran salón y, como vieron que las ostentosas puertas de oro estaban entreabiertas, las empujaron para abrirlas de par en par. Desde el mismo umbral vieron a Deífobo, que los aguardaba a los pies del trono. Detrás de él, amparada de oculto en las sombras de las columnas, se acurrucaba Helena temblando de miedo sin poder controlarse.

El resplandor de las llamas, que entraba a su espalda por los inmensos portones, le dio luz conforme fue caminando Menelao hacia el último de los hijos de Príamo. Aunque Deífobo lo aguardaba bien firme, no estaba su valor entero, sino que se le veía pálido, y su respiración se atropellaba. Fue por eso que se dejó llevar por el ansia de herir cuanto antes. Adelantándose, disparó el reluciente venablo, mas Menelao lo vio venir de frente y se guareció bajo el broquel fuertemente ajustado. Durante el momento en que la pica pasaba rozando la superficie del escudo y después se iba volando, Deífobo perdió de vista sus armas. Así, cuando al salir el griego de debajo de su disco proyectó la lanza con vigor, no pudo echarse atrás ni esquivarla. La punta emitió un ruido blando al pasar y desgarrarle el muslo.

Como el dolor le dobló las rodillas, no perdió tiempo el contrario en desenvainar la espada y cargar contra él. Cayó Deífobo al suelo oponiendo su escudo, detrás del cual contrajo todo el cuerpo. Con rabia descargaba el tajo el de Esparta una y otra vez y hendía el disco de piel de buey y cegador bronce, hasta que tuvo que detenerse para recuperar el resuello, y entonces aprovechó Deífobo para golpearle con

el broquel y echarlo atrás. Así pudo sacar el filo de su vaina y responder a los ataques. Duramente se agredieron el uno y el otro, y se alcanzaron aquí y allá, en los brazos, en las piernas, de manera que su sangre saltaba por doquier y, desparramándose, salpicaba el precioso mármol del gran salón.

El rencor tenaz de Menelao no cejaba, sino que, con cada golpe que le bloqueaba el otro, con cada contraataque exitoso, se exasperaba aún más y ensañaba más sus acometidas. Así fue como obligó al troyano a recular hasta donde estaba el trono, de modo que acabaron chocando a pocos pasos de Helena.

Reparó Deífobo en que su escudo no podría resistir mucho más castigo y que, ante la vista de su esposa, encadenaba Menelao los movimientos uno detrás de otro con tal enjundia que apenas lograba él pararlos y más bien recibía sangrantes heridas y se le llenaban los brazos de cortes. Al final se acabó partiendo el broquel y una parte cayó al suelo mientras que la otra seguía sujeta a su brazo. Ni un suspiro tardó Menelao en descerrajarle un tajo despiadado en la mano del escudo, que tenía avanzada, y le cortó un dedo de cuajo. Dando un grito horrible, Deífobo cayó de hinojos.

Ya se veía Menelao con la victoria. Retrasando la hoja, se dispuso a conducir al sucesor de Príamo al cumplimiento de su cruel destino con una última estocada. Pero entonces Deífobo se llevó la mano a la espalda, donde asió el mango bien pulido que sobresalía de su cinturón y, tirando de él, sacó la bella hoja pulida de un hacha, con la que fue en busca de la cabeza del otro. Menelao se sustrajo justo a tiempo, aunque llegó a notar que el afilado metal le rozaba el arranque de la nariz. El troyano aprovechó su sorpresa para alzarse y volver a echarle el hacha hacia la cara. Le asestó el

impacto en el crestón del casco, justo en la cúspide bajo el penacho, de modo que el yelmo saltó volando y Menelao se fue al suelo boca abajo. Deífobo parecía haber recuperado el brío, pero era patente que el dolor afligía sus miembros y que no era firme su juego de pies. Así lo juzgó el de Esparta al ver que se acercaba renqueando y, cuando se percató de que iba a saltar sobre él queriendo concentrar sus últimas fuerzas, se dio la vuelta y adelantó la espada desde el suelo para atravesarle el vientre por debajo de la coraza. Deífobo quedó convulsionado, la negra sangre brotando al ritmo de sus palpitaciones, empapando a Menelao mientras este le rajaba la tripa con una sajadura prolongada y le desparramaba el hígado y los húmedos intestinos.

Se desplomó el troyano con las manos en el abdomen igual que se desploma un álamo blanco talado en medio del monte. Después del postrer suspiro quedó yaciendo en el suelo del salón de su padre, con su destreza de auriga y sus joviales bravatas de juventud ya olvidadas por los hechos ulteriores de su vida.

Tras haber recuperado el resuello, el marido agraviado se encaminó hacia su esposa. Tenía el corazón presa de contradictorios sentimientos. Durante largos años había latido con el único propósito de recuperarla, pero pocas veces se había parado a considerar qué haría cuando diera con ella. Arrasada por un temblor que intentaba detener amadrigándose dentro de sus propios brazos, lo veía acercarse Helena bañado de sangre como un león que sacara la cabeza de la carcasa de la víctima cuyas entrañas acababa de devorar.

Llegó a su lado, casi tocándola. Lloraba ella en silencio con la cabeza gacha, mirando de reojo el filo empapado y goteante al lado de su cara. Sentía en su trepidación la tensión del brazo que lo sostenía. Imaginaba llameando los ojos bajo el ceño crispado de Menelao, clavados en ella desde lo alto. Estaba decidiendo —pensaba Helena— si, después de haber causado tanto daño, debía permitir que volviera a ver su natal Esparta y en calidad de reina retornar con el logro del triunfo a su casa, a sus padres, a su hija. Pero ¿por qué no le preguntaba sobre el motivo de su traición? ¿No ansiaba despejar la incertidumbre, saber si realmente lo había amado alguna vez, si había amado en verdad a Paris? ¿No le abrumaba el deseo de sacar a la cruda luz lo que había sucedido entre ellos? ¿Para qué había rebosado en sangre las riberas del Escamandro durante diez años y llevado a la ruina a todo un pueblo? ¿Para saciar el fuego de una venganza ciega? Si había rumiado él alguna vez esas cuestiones, no parecía capaz de hacerlas palabras. Como permanecía inmóvil, finalmente Helena reunió el valor para levantar la vista. Sus ojos se encontraron.

Latía el corazón de Menealo con tal violencia que creía que de un momento a otro le iba a quebrantar las costillas y a hacerle estallar el pecho. Se había acercado a Helena con ánimo de exterminarla, teniéndola por un ser abominable al que aplicar el castigo merecido. Ahora volvía a extraviarse en la claridad de sus pupilas y dudaba del honor de tal hazaña. Había sufrido y estaba ajada, pero le parecía radiante como nunca, con la misma belleza de los celestes moradores, la única luz en aquella noche de locura. ¿A qué ese frenesí que lo dominaba? ¿Qué se había hecho de su amor a los suyos? ¿Cómo podía inmolar a su esposa legítima tras las fatigas que habían padecido? ¿No había sido raptada por el falaz Paris cuando él se hallaba ausente y no podía contar con

su protección? No, no era la odiosa belleza de una mujer espartana, hija de nobles reyes, la que debía ser culpada —se dijo Menelao—, sino los dioses, los dioses crueles. Ellos habían arrumbado la opulencia de Troya. ¿No se había visto a Poseidón intentando cuartear los muros que él mismo había levantado? ¿No había llamado Hera en cientos de ocasiones a las tropas griegas a la batalla? ¿No se había plantado Atenea entre sus filas, fulgiendo en su nimbo de luz, y con su lanza había arrasado troyanos por centenares? Zeus omnipotente, el soberano celeste, había dado ánimos a los griegos y fuerzas y favor, y a menudo había incitado a los dioses contra las armas troyanas. Así cavilaba Menelao naufragando en las lágrimas de su esposa. Dejó escapar un suspiro, relajó la ira en su rostro y depuso la espada.

Ulises había ido siguiendo de cerca la lucha, sin querer intervenir. A los pies del trono, observó que el marido ayudaba a levantarse a su esposa y la rodeaba con el brazo para detener sus estremecimientos. Lo acompañó ella de camino hacia las puertas sin apartar la vista del suelo. Una palidez mortal se destacaba bajo el púrpura abochornado que teñía sus mejillas, premio de guerra y cautiva rescatada al mismo tiempo, aliviada por el final de sus desgracias y avergonzada a la vez, gimiendo de tanto en cuanto al acordarse de su patria o quizá de su amor perdido, ¿quién lo sabía que no fuera ella? Puede que ni la misma Helena pudiera decirlo, pensó Ulises. De tal modo pasaron los dos frente a él, que los contempló en silencio admirado, pues, si bien se negaba a aceptar que la guerra había valido la pena, concedía sin duda que la hermosura inmarcesible de la más bella mortal justificaba la demencia de su esposo. Salió la pareja reencontrada por

el pórtico y solo el rey de Ítaca quedó en el gran salón de Príamo, silencioso, desierto, cubierto de sangre y del olor dulzón y saturado de la decadencia que traía el viento.

◇◇◇

La aurora fue desgarrando la noche y sonrosando el cielo con su fresca calma. Ya los aqueos, exultantes ante su triunfo, revolvían por todas partes la ciudad, se llevaban de los palacios los ornamentos y las ofrendas de los templos, saqueaban los tesoros de las casas desiertas, acumulaban en las plazas el botín de oro, plata y piedras preciosas. Se veían arrastrados por la fuerza las mujeres y los niños prisioneros, que caminaban en confusa mezcolanza de jóvenes y viejos, nobles y comunes. Todo eran ayes y lamentos entre ellos.

Habiendo remontado a lo más alto del palacio, Agamenón observaba el último estertor de Troya. La tragedia había entrado en una casa tras otra, salvo en la morada del anciano Anténor, cuya vida y familia había mandado salvar el rey de reyes porque siempre había abogado por devolver a Helena. Espesas columnas de humo subían a tanta altura que oscurecían el cielo, de modo que toda la Tróade tenía ya aviso de la caída y los navegantes de alta mar llevaban la noticia en todas direcciones. Había mandado el rey de Micenas reunirse al consejo ante aquel paisaje arrasado, pues de todos era sabido que se habían cometido sacrilegios injustificables durante el saqueo. Serían necesarios grandes holocaustos y la observación estricta de lo prescrito para obtener de los dioses un buen regreso a casa.

Fueron llegando uno por uno los héroes del caballo y los demás caudillos. El último fue Ulises, manchado de tizne y desprovisto de su coraza, cuyo peso ya no soportaba. Vio el de

Ítaca inquieto que Neoptólemo había acudido con la esposa de Héctor, Andrómaca, que sujetaba a su pequeño Astianacte entre los brazos. De rodillas ante el jefe supremo, que le daba la espalda mientras oteaba el horizonte, esperaba a conocer cuál sería su destino y soportaba, digna y sublime, la atención opresiva de la concurrencia. Se volvió el pastor de hombres hacia la asamblea. Neoptólemo, junto a la madre, aguardaba su pronunciamiento escrutándole el gesto con ojos siniestros. Como se dio cuenta Agamenón de que había llegado el de Ítaca, cuya lucidez le había dado la victoria, no pudo evitar dirigirle una mirada inquisidora. Una vez más, siguiendo al poderoso soberano, las caras de los presentes se volvieron a Ulises. ¿Qué debían hacer con el hijo de Héctor?

Quería decir el itacense que le perdonaran la vida, que ya habían dejado de existir los troyanos y que habían acabado con Troya y su soberbia gloria. Zeus, en su magnificencia, había puesto la ciudad en manos de Micenas. Bastante le habían dado los helenos a la guerra y ahora habrían de dar a los dioses. ¿Por qué cometer una última atrocidad en frío, infligirle una última herida a una mujer inocente, a una madre? Sería tanto como matarla a ella misma e, inconsolable, reclamaría que la librasen de tantas penas, incapaz de seguir contemplando la luz del sol. Todo eso quería decir en defensa de Astianacte el locuaz Ulises, maestro de las palabras y ejemplo de agudeza, sin embargo bien sabía que, muerto el rey y todos sus hijos, aquel pobre niño lloroso era el único heredero de Príamo, que mientras él siguiera vivo continuaría existiendo la posibilidad de la venganza y la reconstrucción y que nada que pudiera decir convencería a los suyos de lo contrario. Por lo tanto, no dijo nada.

Viendo que todos estaban de acuerdo, Agamenón hizo un breve gesto con la cabeza y al instante arrancó Neoptólemo al niño de su madre, que no pudo más que dar un alarido. Fue el vástago de Aquiles con paso ligero hacia el borde del tejado con el pequeño y Ulises se dio la vuelta y se alejó del grupo para no presenciar su acción, porque ese niño tenía la edad de su hijo Telémaco y su madre lo abrazaba con el mismo amor de Penélope cuando los vio por última vez, agitando la mano para despedirse de él mientras se hacían pequeños en el muelle. Bajó por las escaleras y, cuando estuvo seguro de que nadie lo miraba, se dobló de dolor con las manos en la tripa. Los lamentos de Andrómaca por la existencia tan fugaz de su hijo le perforaban el estómago como la punta de un venablo y sentía que por la herida se le escapaba el alma.

Según tenía lugar el crimen final de la guerra en la ciudadela de Troya, una detonación sacudió el monte Ida allá lejos, al sur, causando una nube de polvo desde la cual nació un fino trazo blanco y rizado que se disparó hacia las alturas en forma de arco. Al frente de él surcaba el cielo Atenea, frenética, con la punta de la lanza abriéndole camino, el viento bramando en sus oídos y zarandeándola, tan veloz que el casco se le ponía al rojo y se le consumían, encendidas, las crines de los dos crestones. Había presenciado los inmerecidos excesos del saqueo sin poder auxiliar a los hijos de sus enemigos porque largamente había perseguido su ruina y Zeus había proscrito toda intervención, salvo la suya; no obstante, ahora lágrimas acerbas resbalaban por sus mejillas y, helándose, se convertían en cristales que se perdían en la estela que rasgaba el cielo y el corazón se le aceleraba de bochorno y de rabia. ¡Inicuos mortales incapaces de comedimiento, rufianes, innobles! ¡Que no

esperasen poder regresar plácidamente a su hogar! Ella se encargaría de que aquella nefasta noche no cayera jamás en el olvido y que ni una sola de sus vilezas quedase sin expiación. Su cólera retumbaría de uno a otro confín y, doblando por los extremos de la Tierra, alcanzaría incluso a las sombras del inframundo, que volverían a sentir su muerte al reverberar con ella. El universo entero sería testigo de las desdichas sin cuento a las que arrastraría a aquellos seres monstruosos, a los que ahora despreciaba, creyendo que había errado al ponerse de su bando, cuya precariedad nada les había enseñado, cuyo amor a la propia vida no servía para que apreciaran la del otro. Todo esto se prometía la sabia y justa, la casta y fúlgida Atenea cuando volaba hacia la mansión celeste para enfrentarse a su padre, y bien sabe la memoria de los hombres que no tardó en cumplir su juramento.

De rodillas en lo alto de un collado, Eneas había alzado los ojos enrojecidos de entre las manos y veía en el cielo del norte la estela que atravesaba las negras nubes de humo que se alzaban del saqueo. La angustia le oprimía la garganta, le costaba respirar. Troya pertenecía ya al pasado. La brisa puso en sus labios un sabor salobre. Volviéndose hacia el sur, contempló el mar pletórico de olas y espumas. Se dibujaba en el horizonte azul el contorno de frondosas islas. A su espalda quedaban solo estragos, pero al frente se hallaba la tierra a la que conduciría a todos quienes había podido llevarse consigo, la tierra donde algún día fundaría la nueva Troya. Cesó sus lamentos y susurró:

—El mar...

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Tras diez años de asedio, Troya cayó en manos de los aqueos. Lo que no consiguió el heroísmo individual y colectivo lo logró una estratagema ideada por el astuto Ulises: el caballo de madera. De este modo se puso punto final a una guerra que, todavía hoy, encarna la tragedia de todo conflicto bélico.

Concebida por Zeus, según el poeta Hesíodo (siglo VIII a. C.), para acabar con «la estirpe divina de los héroes que se llaman semidioses», la guerra de Troya es el arquetipo universal de todo conflicto bélico, la guerra de todas las guerras. Y ello gracias a las epopeyas de Homero (siglo VIII a. C.), la *Ilíada* y la *Odisea*, las primeras (y más grandiosas) muestras de literatura surgidas en lo que hoy es Europa. Desde entonces, todo lo que rodea a Troya no ha perdido nunca su capacidad de fascinar y sobrecoger. Ahora bien, ¿de verdad existió esa guerra o todo se debió a la fantasía de unos poetas?

La historicidad de lo narrado por Homero era un hecho para los antiguos griegos y también para los romanos, quienes entroncaron el mismo origen de su ciudad con la caída de Troya al hacer de los fundadores de Roma los descendientes de uno de los troyanos que consiguieron escapar a la matanza, Eneas. Pero el paso del tiempo fue enterrando el emplazamiento troyano en un proceso paralelo al creciente cuestionamiento de la veracidad de la *Ilíada* y la *Odisea*.

Así, en el siglo XVIII, con la Ilustración, se pasó al extremo opuesto: las epopeyas eran obras de pura ficción y, además, referidas a una ciudad que ni siquiera había existido. Hasta que un avispado y poco escrupuloso hombre de negocios, políglota consumado y, sobre todo, fanático admirador de Homero, se encargó de demostrar que no era así.

TROYA SALE A LA LUZ

El prusiano Heinrich Schliemann (1822-1890) estaba convencido de que Homero recreaba poéticamente hechos que tenían valor histórico. Y no solo eso, sino que también quería demostrarlo. Por ello, una vez se hizo con una fortuna considerable en Europa, Rusia y Estados Unidos con negocios no siempre lícitos o éticos, en 1870 partió hacia Anatolia con el claro propósito de descubrir Troya. Lo que le faltaba de formación arqueológica (una ciencia nueva en aquella época) lo compensaba con intuición y fe en Homero, y fue así como, tras descartar otros emplazamientos propuestos por los especialistas, situó la ciudad en la colina de Hisarlik, término turco que significa «lugar de la fortaleza». Empezó a excavar y encontró no una Troya, sino varias superpuestas.

Las excavaciones posteriores realizadas en el yacimiento han permitido localizar hasta nueve Troyas que abarcan un arco cronológico que se extiende desde el neolítico de Troya I (tercer milenio a. C.) hasta la época romana imperial de Troya IX. De todas estas ciudades, la más espléndida fue Troya VI (1900-1300 a. C.), pues contaba, además de con las poderosas murallas y torres de piedra que rodeaban la acrópolis o ciudadela, con bellas casas, almacenes y un palacio. Debió de ser un próspero centro comercial que también sacaría un buen provecho en forma de aranceles de su privilegiada posición a

la entrada del estrecho de los Dardanelos: todas las naves que quisieran transitar desde el mar Egeo hasta el mar Negro tenían que pasar necesariamente por ella. Ahora bien, todo indica que esta ciudad fue destruida, pero no por un ejército invasor, sino por un terremoto.

En cambio, sí que hay pruebas de destrucción humana en Troya VII: pereció a causa de un incendio. ¿Es por tanto la del mito? Es lo más probable, pues la datación la hace contemporánea de los micénicos (la civilización de los griegos de la Edad del Bronce tardía a la que Homero llama «aqueos») y las excavaciones, además de los estragos del fuego, han encontrado numerosos indicios de lucha: cuerpos sin enterrar, puntas de flecha, proyectiles de honda... El problema es que esta ciudad era mucho más pequeña y pobre que su predecesora, de modo que hacía poco verosímil el envío de una expedición desde Grecia para hacerse con ella. El descubrimiento hecho en 1988 por el arqueólogo alemán Manfred Korfmann (1942-2005) de una populosa ciudad baja vino a demostrar que esa Troya había sido mucho más floreciente y extensa de lo que en un primer momento se había pensado. La fecha que se baraja de su destrucción es finales del siglo XIII a. C., lo que coincide a grandes rasgos con la cronología tradicional de la guerra de Troya, situada por el astrónomo griego Eratóstenes (276-194 a. C.) «407 años antes de la primera Olimpiada», esto es, en 1184 a. C.

A las evidencias arqueológicas se suma la información contenida en las tablillas halladas en la capital hitita, Hattusa. En ellas se habla de una rivalidad entre los *ahhiyawa* (identificados con los aqueos) y una ciudad o región conocida como Wilusa, parece ser que feudataria del rey hitita. Para los estudiosos modernos, Wilusa no es sino el nombre hitita de Troya, cuya otra denominación griega, Ilión, se escribía originalmente con una digamma inicial que hacía que se pronunciara (W)ilión.

Una guerra ganada por Troya

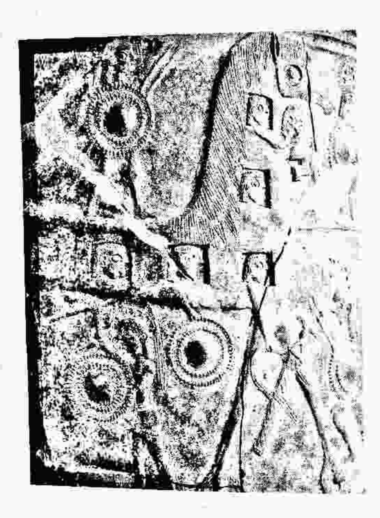
No solo Homero: los poetas, los trágicos, los geógrafos, los mitógrafos, los historiadores, los artistas griegos…, todos coincidían en que la guerra de Troya la habían ganado los aqueos. Diferían en ciertos detalles, como si en el caballo habían entrado treinta guerreros (según Quinto de Esmirna) o tres mil (según la *Pequeña Ilíada*), pero no en su resultado. Y lo mismo puede decirse de los latinos, como el poeta Virgilio en su *Eneida*. Hubo, sin embargo, una voz discordante. En el siglo II d. C., un sofista griego llamado Dion de Prusa, a quien sus admiradores llamaban Crisóstomo (esto es, «boca de oro»), escribió en su *Discurso troyano* que Homero había sido tan gran poeta como pésimo historiador, pues la famosa guerra tuvo un desenlace completamente diferente al aducido por él: vencieron los troyanos y su ciudad, lejos de perecer bajo las llamas, permaneció intacta. Para demostrar la veracidad de su aserto, Dion acude a la autoridad de un sacerdote egipcio en cuyo templo se conservan los textos jeroglíficos que narran los hechos. La guerra tampoco habría sido por la bella Helena, sino por algo tan prosaico como la codicia ante las riquezas troyanas y el deseo de frenar su creciente poder. Los griegos, sin embargo, poco pudieron hacer. Mal pertrechados, sus principales héroes, como Aquiles o Áyax, fueron aniquilados por Héctor, por lo que el ejército acabó huyendo cobardemente. En el fondo, Dion no buscaba otra cosa que desautorizar el carácter ficticio de la poesía para reivindicar la prosa como portadora de conocimiento y verdad.

EL CABALLO, ¿REALIDAD O METÁFORA?

Parece evidente, pues, que no solo Troya existió, sino también la guerra del mito. Esto no significa que haya que tomar el relato homérico de manera literal, sobre todo porque no hablamos de un documento histórico, sino de una elaboración literaria realizada, como mínimo, tres o cuatro siglos después de los hechos narrados. Igualmente, la causa no tiene por qué haber sido el rapto de una mujer, por muy reina y bella que fuera, ni sus protagonistas tienen por qué llamarse Aquiles, Agamenón, Menelao, Áyax…, aunque algunos de estos nombres aparezcan en tablillas en lineal B, el sistema de escritura del griego micénico. Tampoco resulta creíble que esa guerra se extendiera durante diez años, plazo excesivamente dilatado y oneroso para mantener un ejército en territorio hostil.

¿Y el famoso caballo de madera? Mucho ha dado que hablar esta estratagema, que en el fondo no hace sino certificar el fracaso del combate heroico y confirmar que el fin, la victoria, justifica los medios, el engaño y la traición. Las medidas que habría de tener una obra así, por un lado, y la ingenuidad de los troyanos para caer en una trampa tan infantil, por otro, hacen que resulte bastante inverosímil. Por ello, se han aportado distintas explicaciones, la más plausible de las cuales es que pudiera tratarse de una máquina de guerra con ruedas y un gran ariete, similar a las que enseñan algunos relieves asirios del siglo IX a. C. Aunque también hay quien prefiere ver una metáfora de un terremoto, dado que el caballo es uno de los símbolos de Poseidón y este es el señor de los seísmos… Mas ¿cómo explicar entonces el incendio y los vestigios de combate? ¿Podría ser que los poetas griegos mezclaran dos acontecimientos en uno solo: el terremoto que derrumbó las murallas de Troya VI y la conquista que incendió Troya VII?

De lo que no cabe duda es de la fortuna posterior del caballo, representado ya en piezas tan antiguas como el *Vaso de Mikonos*, del siglo VII a. C. Esa fortuna es tal que la expresión «caballo de Troya» ha pasado al lenguaje común (y al de la informática) referido a algo cuya atractiva apariencia esconde una trampa.



El llamado Vaso de Mikonos *(Museo Arqueológico de Mikonos, Grecia) es un ánfora del siglo VII a. C. que muestra en su cuello una de las representaciones más antiguas del caballo de madera. De un estilo muy esquemático, los guerreros escondidos en su interior se ven a través de unas troneras. Otras caras de la pieza muestran escenas del saqueo de la ciudad por los aqueos, algunas de ellas especialmente cruentas.*

MÁS ALLÁ DE HOMERO

Ni la *Ilíada*, centrada en la cólera de Aquiles, ni la *Odisea*, que versa sobre el retorno al hogar de Ulises tras la toma de Troya, tratan del final de esta, fuera de algunas alusiones en la segunda. Lo que sucede entre ambas epopeyas se trataba en otras también de época arcaica (siglos VIII-VII a. C.): la *Pequeña Ilíada* de Lesques de Pirra y en la *Iliupersis* de Arctino de Mileto. Ambas se perdieron

en la Antigüedad, pero sus tramas quedaron en resúmenes y manuales mitográficos, así como en tragedias como *Las troyanas* de Eurípides (h. 484-406 a. C.). En ella, las figuras de Hécuba, Casandra y Andrómaca, condenadas a la esclavitud después de haber sido reinas, le sirven al poeta para hablar tanto de la fugacidad de la fortuna como de la sinrazón de las armas, de la que la ciudad de Príamo se convierte en símbolo: «Troya, abatida por la guerra, vuela como humo que en el aire se disipa. El fuego furioso, la lanza enemiga todo destruyen».

En fecha tan posterior como el siglo III d. C., un poeta romano de expresión griega, Quinto de Esmirna, se propuso crear una obra que enlazara el final de la *Ilíada* con el inicio de la *Odisea*. A pesar de los esfuerzos por asimilar el lenguaje y la expresión homéricos, estas *Posthoméricas* no son sino un ejercicio retórico y literario, sin la fuerza bárbara y primigenia de la épica arcaica. Aun así, hay escenas que merecen ser rescatadas, como las referidas a la construcción del caballo, a la que se opone Neoptólemo (el más joven de los héroes y, por ello, el más imbuido del ideal heroico de la guerra), y a la destrucción de la ciudad.

Otro poema griego de época tardía es *La toma de Ilión*, de Trifiodoro (entre los siglos III-IV d. C.). Como su título indica, su tema es la captura de la ciudad y los preparativos al respecto, de ahí que su rasgo más original sea la larga y preciosista descripción de la construcción del caballo de madera por Epeo, una obra de arte que «resplandecía de horror y de belleza, amplia y altanera, que no se habría negado a llevarlo, de haberlo encontrado vivo, el mismísimo Ares Hipio».

Aunque reflejan la pervivencia de los modelos helénicos, estos poemas no esconden el influjo de la épica latina, especialmente de la *Eneida* de Virgilio (70-19 a. C.). La destrucción de Troya es narrada

en su segundo canto. Si en las obras griegas el punto de vista (y las simpatías de los autores) es el aqueo, aquí se invierten los términos y es el héroe Eneas quien relata los hechos, incidiendo en el carácter artero del recurso del caballo. La festiva entrada de este en la ciudad deja paso al desesperado combate entre las casas y calles incendiadas, sin duda una de las partes más impresionantes de toda la épica por la plasticidad con que está narrada y por un *crescendo* dramático que hace vívido el entrechocar de armas, los gritos, el caos que se ha adueñado de la ciudad, la desesperada resistencia de sus habitantes y el frenesí homicida de los aqueos.

El filósofo y escritor latino Lucio Anneo Séneca (4 a.C.-65 d.C.) trató también el tema de la caída de Troya en su tragedia *Las troyanas*. La idea de la inconstancia y fugacidad de la fortuna presente ya en la obra homónima de Eurípides se ve acentuada aquí, al tiempo que gana presencia la noción del carácter absoluto de la muerte. Como canta el coro, «Tras la muerte nada hay y la misma muerte no es nada, es la meta final de una veloz carrera. Que dejen de esperar los ambiciosos y de temer los que están angustiados, el tiempo nos devora en su avidez, y el caos».

Una época como el siglo XX, con dos guerras mundiales, la experiencia de los totalitarismos y la amenaza nuclear, no podía restar al margen de la fascinación producida por una Troya convertida en símbolo de todo conflicto armado. Valga como ejemplo la revisión que el francés Jean-Paul Sartre (1905-1980) hizo en 1965 de *Las troyanas* de Eurípides. En ella gana peso la ira de los dioses hacia los vencedores que, satisfechos y cargados de botín tras la matanza, vuelven a sus hogares: «Ahora vais a pagar. Haced la guerra, mortales imbéciles. Destrozad los campos y las ciudades. Violad los templos, los sepulcros y torturad a los vencidos. Haciéndolo así, reventaréis. Todos.», profetiza Poseidón.

PAISAJES DANTESCOS DE DESTRUCCIÓN

Si abundante es el número de textos literarios, otro tanto puede decirse de las creaciones plásticas. Así, las escenas del saqueo de la ciudad abundan en los vasos de cerámica pintada, como la crátera de figuras rojas atribuida al ateniense Pintor de las Nióbides, de principios del siglo V a.C., que muestra, entre otras imágenes, la muerte de Príamo a manos de Neoptólemo. En escultura destaca con luz propia el grupo *Laocoonte y sus hijos* que realizaron Agesandro, Polidoro y Atenodoro de Rodas hacia el siglo I a.C. Se trata de una composición que, a través de la expresión de los rostros y la contorsión de los cuerpos, tan propias del periodo helenístico, acierta a plasmar todo el dolor y horror de la escena.

Las pinturas halladas en Pompeya reflejan también el interés de los romanos por el destino final de Troya. Uno de los frescos de la Villa Ariadna, del siglo I d.C., escenifica el momento en que los troyanos introducen el caballo en su ciudad. Gran interés tiene la llamada Tabula Iliaca Capitolina, un relieve en mármol del siglo I a.C. en el que se aprecia todo el fragor de la batalla en las calles troyanas, así como la huida de Eneas.

El tema ha fascinado también a pintores barrocos como Matthias Gerung (1500-1568), Pieter Schoubroeck (1570-1607), Alessandro Tiarini (1577-1668), que pintaron la destrucción de la ciudad, y al flamenco Jan Brueghel el Viejo (1568-1625), cuya versión del incendio de Troya adquiere tintes apocalípticos e infernales. En el siglo XVIII, el italiano Giovanni Domenico Tiepolo (1727-1804) pintó *La construcción del caballo de Troya* y *La procesión del caballo a Troya* con un virtuosismo y colorido típicamente venecianos. Mucho más teatral, el francés Pierre-Narcisse Guérin (1774-1833) no ahorró efectismo en su interpretación de *La muerte de Príamo*, con un





Tanto en la paleta de color como en la composición formal o en el uso virtuosístico de la perspectiva, el veneciano Giovanni Domenico Tiepolo tuvo muy presente el estilo de su padre, el gran Giambattista, cuando hacia 1760 pintó estas dos telas: La construcción del caballo de Troya *y* La procesión del caballo a Troya *(National Gallery de Londres). El segundo libro de la* Eneida *de Virgilio es su fuente de inspiración.*

Neoptólemo que agarra al anciano rey del cabello y está a punto de asestarle la puñalada mortal en un templo cubierto de cadáveres y del humo de la ciudad incendiada. Otro francés, Jules Lefebvre (1834-1912), abordó el mismo tema de modo más academicista, pero centrando todo el foco en las figuras del homicida y la víctima.

ÉPICA Y ESPECTÁCULO

En música, la versión más espectacular de la caída de Troya es la ofrecida por la ópera *Los troyanos* del francés Hector Berlioz (1803-1869). Inspirándose en Virgilio, los dos primeros actos recrean el fin de la ciudad con la desmesura propia del Romanticismo, con grandes efectos orquestales, una presencia destacada del coro y arias que aciertan a plasmar tanto el carácter de los personajes como la tensión de la historia. La versión de esa destrucción que dio el británico Michael Tippett (1905-1998) en su *El rey Príamo* fue mucho más concisa, aunque no menos eficaz dramáticamente. Todo el horror y sinrazón inherentes a la guerra se hacen presentes en esta partitura de claro compromiso pacifista y humanista. En su escena final, Príamo es asesinado por un Neoptólemo reducido a simple máquina de matar.

En la gran pantalla, el componente aventurero y épico se ha impuesto a la fidelidad mítica e histórica. Es lo que sucede en *Helena de Troya*, de Robert Wise (1914-2005), una producción que tiene todo lo que un péplum debe tener: espectaculares escenas de acción, abundancia de personajes y decorados fastuosos. Más moderna, la *Troya* de Wolfgang Petersen (n. 1941) recurre a un amplio despliegue de medios y efectos digitales. La muerte de Agamenón y Menelao durante la captura de la ciudad y la huida de Paris con Helena son solo algunas de las muchas licencias que la película se toma respecto al mito.

Índice